MANUEL L. IVAS

7610

NIDO DE ÁGUILAS

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

NIDO DE AGUILAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

NIDO DE ÁGUILAS

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO LARA el día 11 de Noviembre de 1907

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

S. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1907

Para Joaquin Astray, con el afecto, el cariño y la profunda estimacion de su agradecido

Manuel Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SALOMÉ	Sra. Rodríguez.
CATALINA	Srta. Suárez.
ISABEL	Domus.
FILOMENA	Pardo.
DON AQUILINO	Sr. Rubio.
BONIFACIO	Bárraycoa.
EDUARDO	Puga.
CAÑAMÓN	Simó-Raso.
ANSELMO	Mora.
AQUILINITO	R. de la Mata.

Época actual.—En Matavilla, pueblo fantástico de Castilla.

Derecha é izquierda. las del actor

1ª apunte
F. Mendez

ACTO PRIMERO

Decoración. Una sala de un piso bajo, en un palacio Puerta á derecha é izquierda. Al foro dos rejas, y entre ellas una puerta. Forillo, jardín. Muebles antiguos. Es de día, por la mañana, en Abril.

ESCENA PRIMERA

FILOMENA cosiendo á la reja izquierda. Pausa. BONIFACIO por el foro

BON. (Que entra despacito, se queda mirando á Filomena y se rie. En toda la obra reirá siempre de corazón, con risa franca y sonora.) Filomenilla, buenos días.

FIL. Felices, Bonifacio.

BON. ¿Sabes que estás muy guapa?...

FIL. Ya lo sé.

BON. ¡Rediós, y qué presumidas sois!...

FIL. ¿Para qué lo dices tantas veces?

BON. Que uno lo diga, bueno, que eso hace muy fino, pero que os lo creais en seguida, no, que es demasiada pintura.

FIL. Llámame fea y acabas.

BON. ¡Embustes tampoco, Filomenilla!

FIL. Entonces, ¿qué?...

BON. (Riendo.) ¿Sabes que me gustas mucho?...

FIL. Ya lo sé.

BON. Bueno... pues esto no puede quedar así.

669642

FIL. ¿No?...

BON. ¿Que te parece de novios?

FIL. Muy mal.

BON. (Riendo.) Tócate, tócate... (Señalándose él mismo la cara.) Que cuando haces trampas en lo que dices, se te ponen unos hoyitos en los mofletes, que están muy preciosos.

FIL. Eso se forma de natural.

BON. ¡De natural tramposo que tenéis todas las mujeres; pero te cae muy bonito, Filomenilla; á ver cuando caigo yo!...

FIL. Ahora mismito...

BON. (Avanzando decidido.) Para que no te figure que es desprecio...

FIL. ¡Bonifacio!

ESCENA II

DICHOS. SALOMÉ por la derecha.

SAL. ¡Bonifacio! Ya te he dicho que dejes en paz á la Filomena.

BON. ¡Es que me estaba desafiando! ¡Que lo niegue!

SAL. Y debía darte vergüenza dirigirte á una chiquilla...

BON. ¡Eso si que no! Vergüenza no me da ninguna.

SAL. Déjala cumplir su obligación, y atiende á la tuya.

BON. Mandado he venido, señora ama.

SAL. Tienes que ir á Madrid.

BON. No, señora.

SAL. Me conviene á mí que vayas.

BON. Eso no es que tenga yo...

SAL. ¿Cuándo te acostumbrarás á no discutir?.. Piensa un poco, que no somos iguales; que aún hay diferencia entre nosotros.

BON. Y muy ventajosa para usted. No hay que decirlo: salta á la vista.

SAL. Cállate. Filomena, tráeme un papel con unas apuntaciones que está sobre la mesa de mi cuarto. (Mutis Filomena por la izquierda.)

ESCENA III

SALOMÉ y BONIFACIO

BON. ¿Es muy guapa, verdad usted?...

SAL. Cállate. Don Jerónimo te dará dinero para unos encargos. Además, llevas una carta, la entregas en propia mano y traes la contestación.

BON. ¿La carta será para don Narciso?...

SAL. Adivinaste.

BON. Yo me lo columbré por lo de la respuesta. La contestación no se le pide más que á los que no contestan, y como don Narciso es de esos...

SAL. Precisamente, para algo relacionado con esa tardanza, te he mandado á buscar. Creo que tú nos aprecias y si puedes servirnos...

BON. ¿Por ustedes?... ¡De cabeza! Me mandan rodar y rodo.

SAL. Ruedo.

BON. ¿Es así? ¡De fijo!... ¡Para que vea usted lo que es el oído! Suena mejor lo que yo dije.

SAL. Y en esta seguridad voy a confiarte un encargo delicadísimo. Desearía que en Madrid...

BON. Comprendido. Me informo de todo lo que hace en Madrid, el señor Conde, y de todo lo que haga, le digo á usted todo lo que se pueda decir.

SAL. Pero con reserva y á nadie más que á mí.

BON. ¡Creo que es un tío de primera!

SAL. Sobrino, sobrino.

BON. Sobrino de usted, pero en lo tocante á juergas es lo otro.

SAL. Es tan joven...

BON. Rediós, más joven soy yo y trabajo.

SAL. Pero tú no eres Conde.

BON. Lo que no soy es rico, que si lo fuera me divertía yo sólo como dos Condes de lo más encondados.

SAL. Esa es la suerte...

BON. ¡Y que disfruta el hombre! Aquí le envidian todos los señoritos... y algunas señoritas.

SAL. Y si Catalina te preguntase...

BON. Le largo una mentira.

SAL. ¡Nunca! Dí, sencillamente, que no sabes.

BON. Pues, sabiendo, mentira es. Por lo menos, así lo llamamos en el pueblo.

SAL. Y razón tienen... pero es más disculpable.

BON. ¿Cuándo marcho?

SAL. Mañana. Estás por allá un par de días, lo que sea menester...

ESCENA IV

DICHOS FILOMENA por la izquierda

BON. Mírela, mírela, doña Salomé.

SAL. Ya la veo.

SAL. Es un capullito.

BON. Me disgustarás, Bonifacio, y sentiría que no me obligases á prescindir de esta costurera, que es muy formal y muy lista, ó de tí que has nacido en casa...

BON. Y que para llevar el cargo de la labranza, no tropieza usted con otro, ¿eh?

SAL. Estoy muy satisfecha de tí.

BON. Pues deje usted quieto lo de la chica, que es más que una debilidad, y ya nos repondremos si Dios quiere.

SAL. Es muy joven todavía...

BON. Pero es que á mí se me antojan tiernecitas...

SAL. (Seria.) ¡Vaya, vaya! No se habla más de esto. Ahí va apuntado lo que has de comprar y en dónde. Filomena, llléguese á Santa Mónica y acompañe á las señoritas. (Filomena que después de entregar la nota á doña Salomé, volvió á coser, se levanta y vase por el foro.)

ESCENA V

SALOMÉ y BONIFACIO

BON. ¡Anda!... ¡otras dos cajas de jabones! Con la vida regalada que ustedes llevan, no cavilo en qué lo gastan. Yo me lavo todos los sábados.

SAL. Y no hay quien te aguante los viernes.

BON. ¿De veras?

SAL. De veras.

BON. Pues descuide usted, que desde hoy me lavaré los viernes. Guantes... ¿otra vez guantes?

SAL. Puedes leerla arriba y arriba hacer los comentarios que te parezcan.

BON. ¿Y al señor administrador que suelte la guita?

SAL. La guita, no, el dinero. ¡Qué afición tienes á los términos chavacanos!

BON. Usted dispense si he faltado, doña Salomé; pero no hay quien suelte una perra más porque se la pidan con mejores palabras. Lo esencial es que á uno le entiendan.

SAL. Entendidos: vete.

BON. Será cosa de hablar á la moda de esa lechuza de don Anselmo, que pasa un disgusto cada vez que se le entiende lo que dice...

SAL. ¡Bonifacio! ¿Por qué llamas lechuza á don Anselmo?...

BON. ¿Y usted, por qué no se lo llama si lo es?

SAL. Contigo, el único recurso es uo oirte. Vete.

ESCENA VI

DICHOS. ANSELMO por el foro

ANS. ¿Se puede?

SAL. Pase, don Anselmo.

BON. La lechuza. Compraré más aceite. (Vase Bonifacio por la izquierda.)

ESCENA VII

SALOMÉ y ANSELMO

ANS. ¿Y doña Catalina?

SAL. Bien: en misa.

ANS. ¿Con Isabel?... Fué una obra de caridad, verdaderamente excelsa, recoger á esa niña.

SAL. No merece alabanza. Isabel es sobrina mía, quedó desamparada...

ANS. La merece, la merece. Todo lo que se hace por la familia es muy laudable... y muy arriesgado; pero con Isabelita, el cielo ha querido premiar la inagotable bondad de usted.

SAL. ¿Cómo tan temprano?

ANS. Para exponerle la confirmación de nuestra plática de ayer. Vengo escandalizado.

SAL. ¿Y eso?

ANS. Que resulta cierto lo de la Luisa.

SAL. ¿Sí?

ANS. Sí, señora. Se casa con un músico.

SAL. Pero, ¿qué Luisa?

ANS. ¡La de Sajonia! ¡Una princesa de estirpe!... Le digo á usted que tenemos un disgusto...

SAL. ¿Tenemos?... ¿Y á usted qué le importa?

ANS. ¡Señora!... ¿Usted no recuerda que yo soy un amante?...

SAL. ¿Cómo?...

ANS. ¿Del régimen, de las instituciones, de la pureza de sangre, de la tradición histórica?...

SAL. Lo recuerdo muy bien, sí señor. Pero, usted, mi querido don Anselmo Pérez, Pérez por todos lados, de la tradición histórica no es un amante, sino un aficionado.

ANS. Entusiasta, fervoroso...

SAL. Con esas ideas tan sensatas, qué lástima, amigo don Anselmo, que usted sea Pérez...

ANS. ¡El destino de las criaturas! ¡Muy resignado estoy con los modestos pañales que me abrigaron en la edad infantil, pero, créame, señora, que me embarga un tenue rencor

hacia los míos, cuando pienso que por mis venas debió correr la sangre de un Montmorency!...

SAL. ¿Montmorency?...

ANS. Con acento en la y, sí señora. Mi abuela paterna desairó al Mariscal.

SAL. ¿Al Mariscal?

ANS. Como usted lo oye.

SAL. ¿Por qué?

ANS. Porque era casado.

SAL. ¡Hizo bien!

AMS. Asi la juzga la Historia. En Villar del Arroyo, pueblo natal de la desairante, aun enseñan la morada en donde ocurrió este episodio, como aquí enseñamos el palacio de ustedes.

SAL. El solar de los Ríofuertes, la casa solariega de los Jiménez del Alamo, no puede compararse...

ANS. Predica usted á un convencido. Y de tal modo conceptúo preciso mantener incólumes los respetos y las jerarquías, que á usted le consta bien que siempre me opuse tenazmente á que nuestra Catalina contrajera una alianza que no fuese digna de sus gloriosos apellidos.

SAL. Estamos conformes. Pero va usted á hacerme el obsequio, que ya se lo he rogado en muchas ocasiones, de no hablar más en plural. Ni Catalina es nuestra, sino mía, y usted no tiene arte ni parte en este asunto...

ANS. Aunque lo deplore, es evidente.

SAL. Ni usted es el llamado á consentir ó á negar en la boda de mi hija.

ANS. Evidentísimo, señora. Mas convengamos en que el plural es una fuerza retórica...

SAL. Utilícela usted cuando hable del Mariscal, pero no aludiendo á nosotras.

ANS. Consideraba que la estimación y el afecto...

SAL. Son razones para la buena amistad; pero de ningún modo para tolerar una frase que pudieran interpretar en menoscabo de mi difunto esposo.

ANS. ¡Qué difunto tan agradable! El respeto y la

veneración que conservo á su memoria es tal, ¡tal, señora! que si algún día pensara usted en celebrar legítimas, aunque segundas nupcias, yo sería el primero en sentirme ofendido.

SAL. Usted sería el segundo. Pero, aparte de que el caso no ha de llegar...

ANS. En hipotético lo puse.

SAL. Usted no es quién para ofenderse ni para intervenir en resoluciones de mi exclusiva responsabilidad.

ANS. ¿Intervenir?... ¡líbreme el cielo! ¿Ofenderme?... ¡Ah, eso sí! Estímolo como debido tributo al recuerdo de aquel hombre, modelo de esposos...

SAL. Pero, ¿usted qué sabe de eso?

ANS. ¿No fué modelo?

SAL. No. Un figurín corriente... y gracias. Y van once años ya; si á usted le parece podríamos tranquilizarnos.

ANS Sí, señora.

SAL. Bien, pues serénese un poco, que por mí no hay temor ninguno; y, respecto de Catalina, no debe usted ignorar que su matrimonio fué resuelto hace mucho. Se casará con su primo Narciso.

ANS. Oh... don Narciso... ¡El señor Conde de Ríofuertes!... Esa boda me satisface.

SAL. Lo celebro.

ANS. ¿Continúa en Madrid?

SAL. Sí, estudiando.

ANS. Estudiando leyes, ó...

SAL. Estudiando Madrid. Cuando termine la carrera, que por lo visto es larga, acordaremos la fecha del enlace.

ANS. Encuentro muy lógica esa dilatación. ¡Y luego, don Narciso, al lado de doña Catalina, apreciará las ventajas del hogar, de la honradez!...

SAL. No sé si las apreciará; pero evidentemente podrá compararlas.

ANS. Hanme dicho que en su permanencia cortesana es algo, algo... ¿cómo diremos?... algo fogoso.

SAL. Pues le engañaron á usted en lo de algo.

ANS. Preferible, señora. Salvo la opinión de usted, mi respetable amiga, nosotros creemos que es mayor seguridad para el porvenir.

SAL. ¿Nosotros?

ANS. Yo.

SAL. ¡Ah!...

ESCENA VIII

DICHOS y CAÑAMÓN por la izquierda

CAÑ. (A Anselmo.) Buenos días.

ANS. Hola, Cañamón. ¿Esas nubes?

SAL. ¿Qué nubes?

ANS. Unas tierras en el cielo que ha comprado Cañamón para edificar no sé qué fantásticos palacios.

CAÑ. Ya ve usted lo que son: burlas.

SAL. ¿Sueñas mucho?..

CAÑ. De noche... y dormido.

SAL. Menos mal. Despierto, pueden hacerte daño.

ANS. (Despidiéndose.) Con su licencia, doña Salomé. ¡Ah!... Para la secretaría de nuestra Junta domiciliaria de socorros, me he permitido designar á un ahijado mío.

CAÑ. Usted no vive en las alturas...

ANS. ¿Yo?... No saco ningún provecho de esto.

CAÑ. No... Pero colocar á los ahijados, descansa á los padrinos.

ANS. Es un nombramiento provisional, naturalmente. Se trata de un chico de muy buenas costumbres y de muy buena letra...

SAL. Por mí, puede extenderse ya el nombramiento definitivo.

ANS. No, no; lo dejaremos en provisional. Es más seguro. Muy obligado...

SAL. Adiós, don Anselmo...

ANS. Adiós, Cañamón. (Mutis don Anselmo, por el foro.)

ESCENA IX

SALOMÉ y CAÑAMÓN

CAÑ. Esta Junta domiciliaria, ha empezado por el domicilio de don Anselmo.

SAL. No seas malicioso. ¿Qué hay?

CAÑ. Bonifacio ha subido con un recado de usted para mi padre, pero tendrá usted que dispensarlo si no baja. Hace ocho ó diez días que sufre unos mareos muy grandes.

SAL. Eso no es nada.

CAÑ. Nada... pero sufre... y cree que es algo.

SAL. Voy á subir.

CAÑ. No se moleste usted.

SAL. Lleva treinta años de administrar mis bienes honradamente, y si no pudo ser mi amigo, porque su condición de servidor lo impedía, mereció siempre mi afecto. Ven; subamos. (Mutis Salomé y Cañamón por la izquierda.)

ESCENA X

CATALINA, ISABEL y FILOMENA por el foro derecha. Filomena recoge las sombrillas y se va por la izquierda

CAT. No mires, que te vienen siguiendo.

ISAB. Es á tí, Catalina.

CAT. A tí.

ISAB. (Mirando hacia la derecha del foro.) Y quizás no vengan ya..

CAT. (Pausa.) ¿No...?

ISAB. Sí...

CAT. ¡Has hecho mal en mirar!

ISAB. Fué para decírtelo con fijeza.

CAT. Y de paso... ver á Eduardo.

ISAB. No. Eduardo sólo ha venido para hacer compañía á Pascual Olmedo.

CAT. Por mí no puede ser. Conoce de sobra nuestra diferencia social...

ISAB. Hablar, bien hablas con él.

CAT. Porque es muy simpático y muy instruído; pero de ahí ya sabe que no podemos pasar. Comprenderás que un Pascual Olmedo no tiene derecho para pretender á una Ríofuertes.

ISAB. Si os quisiérais...

CAT. Aun queriéndole, yo no cometería esa traición á mi sangre.

ISAB. Traición de amor no es traición, es amor.

CAT. Para tí. Para quien tiene deberes de raza...

ISAB. No continúes que ya lo sé. Cuando tú no cantas ese himno, lo canta tu madre y cuando no las dos.

CAT. Y ya el seguirnos por la calle es una impertinencia que me desagrada.

ISAB. A mí no. A lo mejor ocurre algo, y es conveniente que alguien pueda auxiliarnos.

CAT. ¿Supongo que no pensarás desmayarte cuando te sigan?...

ISAB. ¡No! Pero sí me dan los ahogos... (Sonriendo.)

CAT. Y otra clase de accidentes no es probable aquí, en Matavilla, donde los vecinos se asoman para ver pasar un coche. Aun en el ensanche... ¿pero en esta parte, en la ciudad vieja?...

ISAB. Nadie. Oyes pisadas, y mirando el reloj, no necesitas volver la cabeza. El panadero, con su caballito...

CAT. O el señor Deán, que también pisa fuerte y se confunde un poco.

ISAB. O la criada que vuelve de la compra. Aquí la vida es siempre la misma.

CAT. Y la muerte. Casi todos mueren de calenturas... y de fastidio. He llegado á figurarme que algunos cogen las fiebres por coger algo distinto...

ISAB. En cambio, hay tranquilidad y hay paz. Da miedo leer los periódicos con tantos crímenes y tanta desgracia. La otra noche contaba don Anselmo una retahila atroz de gente del pueblo, de aquí, de Matavilla, que se ha descalabrado por esos mundos. El yerno de la Tomasa iba para América, naufragó... y ahogado. El hijo de don Gregorio, que fué á

terminar su doctorado, cruza por debajo de unos cables eléctricos, se desprende uno y ¡pataplúm! al suelo, hecho un carbón. La Maximina, aquella modistilla tan guapa, va á Madrid... y descarrila.

CAT. Ya recuerdo.. y hubo que cortarle una pierna.

ISAB. No debió ser esa, porque ahora está de bailarina en el Real, y es de suponer que le habrán exigido las dos.

CAT. Por lo menos...

ISAB. Mejor estamos aquí...

CAT. Mejor.

ISAB. Y de estar, que nos sigan. Y de seguirnos, que no sean malas fachas.

CAT. Para los desmayos es conveniente que tengan buen tipo.

ISAB. ¿Te acuerdas de aquel buen mozo que nos persiguió tanto el año pasado? ¿Aquel que tenía que meterse en los portales para descansar, porque se fatigaba de buen mozo que era?

CAT. ¿Y aquel que se abanicaba con el sombrero para lucir el pelito rizado?

ISAB. Con ese fuiste cruel. Decirle en su cara que te gustaban los hombres con el pelo corto, y al día siguiente, cuando el pobrecito se presenta esquilado, tuviste valor para decirle: «¡Qué dolor de pelo!... ¿Por qué se lo ha cortado usted?»

CAT. ¿Y el rubio, el que cojeaba de un lado, y para disimularlo se inclinaba del otro... y cojeaba de los dos?

ISAB. ¿Y el de las cartas?

CAT. Aquel se pasó de listo. Te escribe una carta abrasadora, llena de fuego, en que hablaba de suicidarse si no le correspondías, y al devolvérsela con aquella postdata: «Lo siento mucho, le compadezco mucho y le agradeceré mucho que no vuelva á molestarse escribiendo...» En lugar de suicidarse, que era su promesa, me envía á mí la misma carta: «Catalina, por un error de información, puse Isabel; pero es á usted, á Catalina, á quien

adoro ciegamente. Ponga usted su nombre, que es mi amor verdadero... Lo demás de la carta vale. Su admirador... José Luis...»

ISAB. Y tú, devolviéndosela otra vez, no pusiste más que «la postdata vale también.»

CAT. Y para evitar nuevas confusiones, firmamos las dos.

ISAB. ¡Qué contados son los que se pueden mirar!

CAT. Y los que se pueden volver á mirar, más contados aún.

ISAB. De elegir á alguno, ¿á cuál?

CAT. De aquí á nadie. ¡La heredera de los Ríofuertes.

ISAB. Etcétera...

CAT. ¿Te cansa?

ISAB. No, mujer: es porque no te canses tú. Pero siempre he tenido una confusión en esta parte de las alianzas. Suponiendo que fuera de tu edad y te gustase, ¿te casarías hoy con el marqués de Matavillas?

CAT. Sí. Es una nobleza muy antigua. Desciende en línea recta de Jaime, el Cruzado de Tierra Santa.

ISAB. Las hazañas de Jaime, un hombre fanático y feroz, consistieron en pasar á cuchillo hombres, mujeres y niños, en los lugares á donde la guerra le llevaba vencedor.

CAT. De ahí viene su título: Matavillas.

ISAB. Si hubiera un hombre hoy que procediese con idéntica ferocidad en cualquier guerra... ¿te casarías con él?

CAT. ¡No! ¡Qué horror!...

ISAB. Y esta es mi confusión. Si te horroriza el fundador de esa nobleza, ¿por qué te enorgulleces con sus descendientes?

CAT. Tú, que llevas nuestros apellidos, no debías criticar...

ISAB. No es censura, ¡no! aunque en mí, pobre y recogida por caridad, la caridad y el amor me parecen más hermosos que todas las líneas de donde salen reyes... y de donde salen bastardos más orgullosos que los reyes todavía.

CAT. Si eso llena tus aspiraciones, ya las has lo-

grado. El cariño, con nosotros; el amor, con Eduardo.

ISAB. No me quiere... es decir, creo que no me quiere.

CAT. ¿Y tú?

ISAB. Yo, no... Y si antes me propasé, hablando de vuestras ideas con menos seriedad de la que merecen por ser vuestras, es porque me dolería que fuesen una rémora en tu vida para llegar á la felicidad.

CAT. ¡No pueden serlo!

ISAB. Juraría que tú, en otras circunstancias, no te mostrarías desdeñosa.

CAT. ¿Con Pascual Olmedo?

ISAB. Sí, con Pascual.

CAT. (Pausa.) Es nieto de unos labradores. No hay que hablar de eso.

ISAB. Y él no se atreverá siquiera á declararse. Estás muy arriba, muy alta... y como sabe que rechazas... Ya hay quien se atreve á coger los nidos de las águilas...

CAT. Y quien se despeña.

ISAB. ¡Ese temor apárta de vosotros á tantos que serían buenos amigos!...

CAT. Vivimos muy aisladas.

ISAB. Da respeto acercarse á vuestro nido. Juntos nos hemos criado Eduardo y nosotras; á mí me tutea, á tí, no. Y yo misma que sé bien lo buenas y lo cariñosas que sois, cuando hablan de vosotras, de vuestra casa, me parece imposible que pueda vivir en ella sin haberme desvanecido de orgullo ó sin haberme estrellado ya desde tan alto. (Pausa.) ¿En qué piensas? ¡Lástima que en Tierra Santa, ó en tierra profana, algún pariente de Pascual no haya hecho unas cuantas barbaridades!...

CAT. (Que estaba absorta.) ¡Isabel!

ISAB. Perdona si te he dicho tu propio pensamiento.

CAT. ¡Isabel!

ISAB. Perdóname, Catalina.

CAT. Pero no lo digas más, te lo suplico...

ISAB. (Abrazándola muy conmovida.) ¡Perdóname, perdóname!... (Pausa.)

ESCENA XI

DICHAS, SALOMÉ y CAÑAMÓN por la izquierda

SAL. ¿Andais de secretos?

CAT. No...

SAL. Cuando los tengas, á tu madre la primera.

ISAB. (A Catalina en voz baja.) ¡Ordeno y mando!... ¿Qué secretos arrancará así?...

SAL. Habéis de subir al cuarto de don Jerónimo.

CAT. ¿Está malo tu padre, Cañamón?

SAL. No tiene nombre este caballero?

CAÑ. Señora...

SAL. Mientras fué un chiquillo, pudo explicarse el apodo; pero ya á un hombre, á un señor abogado...

CAÑ. En el pueblo, aunque venga de arzobispo, de Cañamón vendré... y entre ustedes sentiría que no me estimasen merecedor de esa prueba cariñosa.

CAT. ¿Y tu padre, Cañamón?

CAÑ. Muchas gracias, doña Catalina. Medianucho.

CAT. ¡Vamos á verle, Isabel!

ISAB. Vamos.

SAL. Irás luego: oye antes. (A Cañamón.) Encárgate tú de las atenciones corrientes mientras don Jerónimo no se repone. Y avisa al notario para que venga cuando pueda.

CAÑ. Iré yo mismo. (Mutis Cañamón por la izquierda, Isabel por la derecha.)

ISAB. (A Catalina.) Te aguardo. Subiremos juntas.

ESCENA XII

CATALINA y SALOMÉ

SAL. Encuentro impropia esa llaneza conque tratas á todos. Les consientes unas familiaridades excesivas, y cada uno ha de conservar el puesto en que su nacimiento lo ha colocado.

CAT. No lo olvido.

SAL. A veces. Y lo mismo que de los criados te digo de las visitas. Ya que vivimos en este pueblo y aquí hay tan pocas personas con quienes se pueda tratar decentemente, y ninguna de igual á igual, á nadie desaires, pero recuérdales á todos la distancia social que nos separa.

CAT. Tú aborreces Madrid...

SAL. Te lo repito. Allí habríamos de renunciar á muchas preeminencias, y antes que un piso incómodo y una situación poco lucida, prefiero este palacio y este pueblo, donde somos los más elevados.

CAT. Los más...

SAL. Tu pobre padre, que era un santo, y como todos los santos, hizo una porción de cosas buenas para ir al cielo, y algunas tonterías para andar por la tierra... tuvo empeño en que le adjudicaran esta finca.

CAT. La casa solariega.

SAL. Y su hermano mayor que se llevó el título y la parte grande de la fortuna, consintió en cedérsela.

CAT. También el tío Pedro poco disfrutó...

SAL. ¡Y pensar que tú serías hoy la condesa de Ríofuertes si tu padre hubiese vivido tres ó cuatro meses más, que Pedro le dejaba el título á su hermano mejor que al sobrino Narciso... pero tu padre no fué nunca oportuno: nació un poco después de lo que le habría convenido, y murió un poco antes de lo que nos convenía á nosotras.

CAT. Lo peor es que muriera.

SAL. Lo peor, hija. Conformémonos conque estará en la gloria. Por allá nos espere muchos años.

CAT. Tenemos renta bastante para no hacer mal papel en Madrid...

SAL. ¡No, no! Allí serías una de tantas: aquí eres la mejor, la más noble, la más codiciada, y cuando tu voluntad se determine á cambiar de estado, por ti aguarda el primo Narciso.

CAT. ¿Por mí aguarda?... ¡Y no me escribe siquiera!

SAL. Pero le escribimos nosotras.

CAT. ¿Te basta eso?

SAL. Y á tí. No es cuestión de un capricho ó de un noviazgo...

CAT. Ya lo sé, madre.

SAL. El título de conde de Ríofuertes debe volver á nuestra casa con tu boda, que así lo acordamos los padres de Narciso y yo, y así es como las casas se engrandecen.

CAT. Ya lo sé, madre.

SAL. Insisto ahora, porque alguien me ha dicho no sé qué disparates, atribuyéndote no sé qué inclinaciones reprobables.

CAT. No, madre, no.

SAL. Que acusarían en tí una perturbación dolorosa de tu buen sentido...

CAT. No, madre, no. Te mintieron.

SAL. En tí fío. No hay más que un camino para ser feliz; y ya que estás colocada en una cumbre, no desciendas. Los de arriba te despreciarán: los de abajo no lo han de agradecer. No lo olvides, hija mía.

CAT. No lo olvido, madre. Fía en mí. (Mutis doña Salomé por la izquierda.)

ESCENA XIII

CATALINA y BONIFACIO por la derecha

CAT. (Que marchaba hacia la derecha.) ¿A quién buscas?

BON. Buscar, no busco: pero si encontrara á la Filomena, me iría de rechupete.

CAT. ¿La quieres?

BON. Un repoco, sí, señora. Con esa carita de pavo soso que Dios la ha dado, y que hace falta ser tan melón como Dios me ha hecho para enamorarse de ella... pues... enamorado hasta las cachas.

CAT. Si me aceptáis por madrina...

BON. Ole.

CAT. Yo lo seré de vuestro matrimonio.

BON. Y del primer niño.

CAT. Ocúpate primero del matrimonio.

BON. Todo irá al mismo tiempo, doña Catalina. Los pobres no hacemos repuchos á la familia.

CAT. No me lo expliques, que tú dices las cosas muy á la pata la llana.

BON. ¿Y á las señoritas les gusta á ustedes más que se lo digan con revueltas?

CAT. (Sonriendo.) ¡Cállate, Bonifacio!...

BON. Pues si usted da en favorecernos, aun tengo una cavilación muy resalada para en cuanto me suelte el sí la Filomena.

CAT. ¿No te dijo que sí todavía?

BON. Pues si me lo hubiera dicho, estábamos ya en lo del bautizo.

CAT. No corras...

BON. Verá usted el cavilado lo que es. Pedirle á doña Salomé la administración de sus haciendas de ustedes en Cuba.

CAT. ¿Querría ir Filomena?

BON. Ya le he explicado yo que es una Isla, y que el clima es muy perezoso; así, que en dando una mano al arreglo de la casa, el resto del día, para no sofocarse, lo va á pasar tumbada en una hamaca.

CAT. ¿Y si se rompe?

BON. Puede muy bien con dos... para cuanto más con uno.

CAT. Consúltalo. Tiene mucho miedo á embarcarse.

BON. Yendo conmigo, ¿qué le va á suceder?

CAT. Ya sabes la desgracia que la ocurrió... y desde entonces tiene un poco la aprensión de que ir sobre el mar, estando su madre allá en el fondo...

BON. ¡Pues mire usted que bajo tierra no hay gente... y vamos por la tierra tan contentos! Cavilaciones, doña Catalina, cavilaciones.

CAT. Algunas de más...

BON. Y yo espero decidirla. ¡Ahora está el aire muy decidido!... Usted, con el señor Conde, pues mañana me largo á Madrid, para en-

tregarle una carta de esas de «contésteme usted en seguida».

CAT. ¿Mía?...

BON. Doña Salomé lo ha dispuesto. Y ya sabe usted... ¡cartuchera en el cañón!

CAT. Será suya...

BON. Será. Doña Isabelita, que está con la boca abierta por si echa el anzuelo don Eduardo.

CAT. No le quiere.

BON. Que sí.

CAT. Que no: á mí no me lo ocultaba.

BON. Pues eso lo averiguo yo á escape.

CAT. Cuidado...

BON. Y como cuando sopla este vientecillo de los quereres, sopla para todos, se ha debido llevar un puñado de hojas del almanaque que tienen los gatos.

CAT. ¿Qué dices?

BON. El de casa está en Enero y es una de maullidos, que si yo fuera gata ya le había dado dos arañazos por escandaloso.

CAT. Bonifacio...

BON. Y el señorito Cañamón también anda en eso.

CAT. ¿A maullidos también?

BON. Sí, señora; hace versos. A mí me ha colocados unos que me han gustado una barbaridad, sobre todo un pedazo, que se comprendía muy bien. Verá usted... «¡A la luna!...»

CAT. ¿Cañamón en amores?

BON. Claro. El que hace versos y el que toma medicinas, está visto que es por algún padecer. Verá usted.

ESCENA XIV

DICHOS, EDUARDO y CAÑAMÓN por el foro derecha

CAÑ. Pase usted.

CAT. Hola, Eduardo.

EDUAR. (Saludándola.) Mi padre tiene citados unos señores en la Notaría para las once. Si han de consultarle á él mismo, vendrá antes de la una.

CAÑ. ¿Quiere usted que llame á doña Salomé?

CAT. Sí. Escucha... ¡Me dicen que haces versos á la luna!

CAÑ. ¿Se ha quejado ella?

CAT Aun no... ¿Tan hermosa te parece?

CAÑ. No me inspira por hermosa, si no por alta, por lejana...

CAT. Mal hecho.

CAÑ. No. Vivir, cada uno vive como puede: soñar, cada uno sueña como quiere.

CAT. ¿Y lo tuyo es algún imposible?

CAÑ. Usted lo ha dicho.

BON. (Que estaba recordando los versos, se acerca ufano.) Dice:

«Mi fortuna no es fortuna,
mi vida...»

CAT. ¿Qué es su vida?

CAÑ. «Mi fortuna no es fortuna,
mi vida, de otra es la huella,
que no me da vida alguna,
como la luz de la luna
que alumbra, y no es luz de ella...»

CAT. (A Cañamón.) Poesía, Cañamón...

CAÑ. Bien poco es: poesía... (Sonríe, se encoge de hombros, y mutis por la izquierda.)

BON. (Abrazándole.) ¿Y lo del río? A ver si usted me lo aprende para cantárselo á la Filomena, que á las mujeres le saben muy bien las cosas cantadas y con la miaja de sonsonete. (Mutis con Cañamón.)

ESCENA XV

CATALINA y EDUARDO

EDUAR. Anda melancólico este muchacho...

CAT. Será para inspirarse. Los poetas lloran muchas veces, para que los versos les salgan más sentidos.

EDUAR. La inspiración es muy dañina...

CAT. ¿Le jugó á usted alguna mala pasada?

EDUAR. No, porque eché la llave á todas las fantasías, y hasta que logre tener una posición

independiente, para mí como si no existieran diversiones, ni placeres, ni cariños...

CAT. El termómetro de usted marca bajo cero.

EDUAR. No sé: no lo miro. Pero hay dos maneras de amar: una, haciendo sonetos y quintillas; otra, trabajando. Las dos tienen el mismo final; ofrecerle á una mujer los versos ó las rentas; lo que uno ha hecho... y yo tengo muchas esperanzas en mi procedimiento, que el amor, desde que supo lo que es el amor, oye las rimas pero coge las rentas.

CAT. Es usted muy prosaico.

EDUAR. ¿Yo?... ¿Muy prosaico?... Decirle á una mujer: ven y haz mi felicidad, lo dice cualquiera y en cualquier momento. No necesita ni voz... con abrir los brazos, ya lo entiende ella.

CAT. Si mira.

EDUAR. Miran, miran. Pero yo voy á decirle: he luchado por tí; hoy puedo brindarte bienestar y comodidades, ahora puedo hacer tu felicidad, la tuya... ¿me quieres ahora?

CAT. Eso es amor... y paciencia.

EDUAR. Ofrezco dos cosas: los demás, una sola. Debo ganar yo.

CAT. Se expone usted á que entretanto desaparezca ó se marche.

EDUAR. ¿Que se marcha? Vaya en paz. Queriendo alejarse, aun no conozco á nadie que se haya detenido por una súplica. Y este mismo pensar lo tiene alguien que la estima á usted profundamente, y que es muy leal, muy digno y muy caballero.

CAT. ¡Caramba, qué elogio! En fin, veamos qué piensa Pascual Olmedo.

EDUAR. ¿Me autoriza usted para decirle que usted le ha reconocido con las señas que dí?...

CAT. ¿Por qué no?

EDUAR. Será llevarle una alegría.

CAT. Llévela. Pero al repetirle mis palabras, cuide usted bien de no permitir que las interprete mal. Lo creo caballeroso y leal, y digno de amistad; pero no creo nada más. En absoluto, nada más.

EDUAR. Antes dije que había dos maneras de amar: me equivoqué. Hay muchas.
CAT. ¿Muchas?
EDUAR. Una de ellas, negando.
CAT. Se engaña usted.
EDUAR. No.
CAT. Sí.
EDUAR. No...
CAT. Sí...
EDUAR. No, porque yo hablo de él.
CAT. ¡Ah!...
EDUAR. Solamente hablando de él podría tener una seguridad tan completa en lo que digo.

ESCENA XVI

DICHOS; ISABEL por la derecha

ISAB. Eduardo... ¿Y tu padre?
EDUAR. Bien.
ISAB. ¿Y tu tío?
EDUAR. Bien.
ISAB. ¿Y tu tía?
EDUAR. Bien.
ISAB. Y...
CAT. Todos bien. No te fatigues en buscar más parentela.
EDUAR. Aunque de lejos, ya he tenido la satisfacción de verlas á ustedes esta mañana.
ISAB. ¿Sí?... ¿Dónde?...
EDUAR. Al salir de Santa Mónica.
ISAB. ¿Estuviste?
EDUAR. ¿Ustedes no nos vieron?
ISAB. (Preguntando á Catalina.) ¿No?...
CAT. No.
EDUAR. Tienen ustedes razón, porque ahora que lo reflexiono mejor, tampoco estuve yo.
ISAB. Embustero... ¿no ibas con Pascual?
EDUAR. ¿En qué quedamos?
ISAB. A él, le he visto... pero á tí, no.
EDUAR. ¿Y usted, Catalina?

CAT. Yo le he visto á usted... pero á Pascual, no.

EDUAR. Ya es difícil yendo los dos juntos...

ISAB. ¡Es que no nos fijamos!...

EDUAR. Ni vale la pena. Fuí á buscarle...

ISAB. ¿A misa?

CAT. Es muy devoto de Santa Mónica.

EDUAR. No; de Santa Catalina. En la misma iglesia, el altar de la izquierda... Para rogarle que admita el banquete con que celebraremos su designación de alcalde.

ISAB. ¿Alcalde?

EDUAR. Será lo que se le antoje. Y si se mete en política de lleno y se va á Madrid, con la palabra maravillosa que tiene, ministro, presidente... Pascual Olmedo es el Melquiades de Matavillas.

CAT. ¿Republicano?

EDUAR. No. Y si me guarda usted el secreto, le diré que el de Madrid tampoco lo es, aunque se lo cree.

CAT. Milagro que ha pronunciado usted el nombre de su amigo sin añadirle nuevas alabanzas.

EDUAR. Ya las oirá usted de otros labios. O mucho me equivoco, ó Pascual será la gloria del pueblo.

ISAB. Buena falta nos hace alguna... Porque de Matavilla nadie se acuerda.

CAT. Según usted, es un hombre perfecto.

EDUAR. Perfecto, no: está enamorado.

ISAB. ¿De quién?

CAT. (Rápida.) ¿Qué nos importa?

EDUAR. Te lo diré.

CAT. ¡Eduardo!

EDUAR. Hay muchas maneras de amar: hay muchas maneras de decir los nombres. Una callándolos.

CAT. Sobra con esa.

EDUAR. Ya está usted obedecida.

ISAB. Me quedo sin saberlo. (Burlona.)

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA SALOMÉ por la izquierda

SAL. He mandado aviso á su padre de usted.
EDUAR. Vengo yo á ponerme á sus órdenes.
SAL. Pues dígale que me facilite una nota de los documentos necesarios para nombrar un administrador de mis fincas en Cuba y quitar al que tengo.
EDUAR. ¿No está usted satisfecha dél actual?
SAL. Sí; pero lo está él más que yo... y eso no me conviene.
EDUAR. Ahora mismo la traeré.
ISAB. Eduardo...
EDUAR. (Deteniéndose.) ¿Qué?
ISAB. Adiós.
EDUAR. Adiós. (Mutis por el foro.)

ESCENA XVIII

DICHAS, menos EDUARDO

SAL. Es muy servicial este chico.
CAT. (Mirando á Isabel.) Mucho.
SAL. Y muy respetuoso.
CAT. Alguna preferiría que no lo fuese tanto.
ISAB. (Como un gallo de pelea.) ¿Quién?
CAT. No te sofoques, mujer. Ya sabes que ahora nos da por ocultar los nombres...
ISAB. Puede que sea mejor.

ESCENA XIX

DICHOS y AQUILINITO por el foro

AQUILIN. ¿Permiten ustedes?
SAL. Adelante, Aquilinito.
CAT. ¿Qué tal por Madrid?
AQUILIN. Esta vez nos detuvimos más de lo que se

proyectaba: el propósito era volver inmediatamente, pero encontramos un amigo íntimo de papá y nos obligó á quedar.

SAL. Creo que ese amiguito tiene bastante mala fama.

AQUILIN. ¡No, señora!

CAT. Y eso no es obstáculo para la amistad. Dicen, precisamente, que las malas reputaciones ganan mucho con el trato íntimo.

AQUILIN Si lo dicen...

CAT. Ande, murmuraremos un poco.

ISAB. Un poco, Aquilinito.

SAL. ¡Niñas!...

AQUILIN. Yo no puedo contar de un buen amigo...

CAT ¡Pero si las malas famas necesitan de los buenos murmuradores! Anímese, hombre.

AQUILIN. De veras que no he visto nada extraordinario.

SAL. Ya habrán dado ustedes pábulo á historietas y á cancanes, porque usted y su papá, que es otro como usted...

AQUILIN. Papá es muy alegre y muy divertido. Me acompaña á todas partes.

SAL. O usted no va á ninguna parte, ó su papá de usted va á demasiadas.

CAT. Si te pones grave, no nos cuenta nada.

SAL. Eso quiero. ¿En Madrid ha tenido usted el honor de visitar á Narciso?

AQUILIN. No, señora, no me llegó el tiempo para el honor... vamos, para ese.

SAL. ¿Ni le ha encontrado usted? El frecuenta mucho los teatros.

AQUILIN. Probablemente... Pero con las cortinas es tan difícil ver en los antepalcos...

CAT. ¡Mi primo Narciso!...

AQUILIN. No, no: fíjese usted bien, Catalinita. Yo no he asegurado que estuviera: he dicho que detrás de las cortinas, vaya usted á saber quién estará...

ISAB. Que es muy distinto.

AQUILIN. Al que sí he visto y me preguntó por ustedes con muchísima insistencia fué al bobalicón aquél de Pepe Estrada.

ISAB. ¿Bobalicón?

AQUILIN. ¡Marcharse del pueblo porque Catalina le diera calabazas!... Si cuajase la moda, tendrían que preparar el baúl unos cuantos, y yo entre ellos.

CAT. Para usted no las hubo todavía.

AQUILIN. Porque me las huelo.

SAL. Dios le conserve á usted el olfato, Aquilinito.

AQUILIN. Usted ha rechazado á todos los del pueblo. Hubo una temporada en que era de buen tono ser víctima de usted, y ya, últimamente, cuando sabíamos de alguno que la pretendía, se le daba la caritativa advertencia de que no escribiese su declaración; y para que no le quedase resquemor, llamábamos al mozo del casino: «Manuel, llégate al palacio de las Riofuertes y recoge las calabazas de don Fulano.»

CAT. No sería mucho amor...

AQUILIN. Es mucha la cosecha de usted... y la generosidad. Así es que yo no me lanzo en la aventura: guarda, Aquilino, que es podenco...

ESCENA XX

DICHOS. DON AQUILINO por el foro derecha

AQUIL. ¿Está aquí?... ¡Aquí está, sí! Aquilinito...

AQUILIN. Pero, papá... ¡Es un bochorno que andes siempre detrás de mí!... No soy ningún bebé para perderme por las calles.

AQUIL. Los que se pierden son mayorcitos... pero no se trata de eso. ¿Habrá nada más natural que la alegría de un padre viendo al hijo?...

CAT. (Burlona.) No sea usted ingrato...

AQUILIN. (Enfadado.) ¡Mira, papá: tú me pones en evidencia... y eso no es quererme!

AQUIL. (Compungido.) A... qui... li... ni... to...

SAL. Falta de cariño, no es...

ISAB. Si acaso en usted, que le disgusta.

AQUILIN. No estuvo bien dicho... ¿me perdonas?

AQUIL. (Gozoso.) ¿Que si te perdono?... ¡Aquilinito!

AQUILIN. (Abrazándole.) ¡Me dicen que no puedo soltar los andadores!...

AQUIL. Desprécialos. Tú haces lo que te da la real gana.

AQUILIN. No lo creen.

AQUIL. ¡Más prueba que hacerlo! Y si te acompaño alguna vez...

AQUILIN. ¡Siempre!

AQUIL. Bueno, es porque soy tu amigo.

AQUILIN. Y después me riñes.

AQUIL. Porque soy tu padre. Pero delante de los extraños tu camarada, tu compañero.

SAL. Que es usted un desagradecido.

AQUIL. ¿Este?... No. A ratos tiene un poco de genio; ¿pero quién no tiene genio á ratos?

CAT. Usted.

AQUIL. ¿Yo solo?

SAL ¿Conque en Madrid muy entretenidos?

AQUIL. No señora... es decir, sí señora.

ISAB. Con el humor de usted, á su lado no puede haber tristezas.

AQUIL. Sí señora... es decir, no señora. A mi edad la gente suele ser tristona, pero yo debo tener los pensamientos vestidos de Arlequín, y apenas me muevo se oyen los cascabeles.

CAT. Usted hizo la vida al revés. De joven no era usted de los más asiduos á reuniones y bailes. Mamá dice que no iba usted nunca.

AQUIL. Ahora es por acompañar al niño.

SAL. ¡Con buena disculpa ha tropezado usted para disfrazar sus correrías!

AQUIL. ¿Verdad?... Y no es que en la juventud fuese huraño. A mí me gustaron mucho las mujeres...

AQUILIN. Y á mí, papá.

AQUIL. Ya lo sé. Pero mejor que en tertulias ó en paseos, he preferido verlas en sus casas.

AQUILIN. Y yo, papá.

AQUIL. Ya lo sé, hijo. Les encontraba mayor atractivo ataviadas modestamente. Una mujer escotada me pareció siempre como una fruta mordida.

AQUILIN. Sí; dan ganas de acabarla... antes que se pierda.

CAT. Pues ahora juran y perjuran que no es usted tan melindroso.

AQUIL. Ahora no... por el niño.

AQUILIN. Gracias, papá. ¡Si me dejaras meter baza!...

AQUIL. Ya me callo.

AQUILIN. Pues aprovecho. Catalina, he venido para rogarle á usted que aceptara la presidencia de la rondalla.

CAT. ¿Al fin la organizan?

AQUILIN. Ya estamos.

CAT. Con mucho gusto.

AQUIL. Es un entretenimiento admirable. ¡Nos vamos á divertir de lo lindo!

AQUILIN. ¿Cómo, papá? ¿Vas á venir con nosotros?

CAT. ¡No faltaba más!

SAL. ¿Una rondalla sin don Aquilinito? Imposible.

ISAB. Ni pensarlo.

AQUILIN. (Espantado.) ¡Papá!...

AQUIL. Esto me quitará de encima veinte años, ó treinta años, ó cuarenta años.

ISAB. Pero, ¿usted cuántos tiene?

AQUIL. ¡Solo, más de sesenta; con el niño, menos de veinte!

AQUILIN. ¿Decididamente vienes?

AQUIL. Decididamente.

AQUILIN. ¿De muchacho no tocabas tú el violín?

AQUIL. (Espantado.) ¡Hijo!...

ISAB. Es una proposición muy razonable.

CAT. ¡A desenfundar el Paganini, don Aquilino!

AQUILIN. Para venir con nosotros, sin que llame la atención tu presencia, has de ser uno de tantos.

AQUIL. Juicio, juicio, Aquilinito...

AQUILIN Tú no quieres ir más que de niñera, para que todos se mofen de mí.

AQUIL. Pero, hijo de mi alma, ¿no calculas que será una irrisión y una chacota que yo vaya por las calles?... (Haciendo ademán de tocar.)

AQUILIN. Pues quédate en casa.

AQUIL. No, no...

AQUILIN. Pues me quedo yo. Se ha terminado la diversión para mí.

AQUIL. No lo tomes de ese modo... no te enfades...

Si yo quiero que te distraigas honestamente. Sacaré el violín, Aquilinito, lo sacaré.

AQUILIN. De venir, tú mismo te divertirás.

AQUIL. ¡Yo mismo me divertiré... claro! ¡No se me había ocurrido!... y con las noches frías, de helada, será un gran ejercicio!...

SAL. (A Catalina.) Este buen señor es un mamarracho.

CAT. Y tanto. Le recrea estar en ridículo permanente.

AQUIL. Podéis... podemos ensayar en casa.

AQUILIN. No vayas á quedarte dormido.

AQUIL. Si acaso, despiértame.

SAL. Usted será el director.

AQUIL. Sí, señora.

AQUILIN. Es Rodrigo Costa.

AQUIL. No, señora, es Rodrigo.

CAT. ¿Rodrigo?...

AQUIL. Un pintor... que toca admirablemente la guitarra. Y no sé nada más de él como pintor.

AQUILIN. Porque empieza su carrera, pero aquí ha pintado ya un retrato de Su Majestad el Rey, para colocarlo en el despacho de la alcaldía, que según los inteligentes es una preciosidad.

AQUIL. Sí; una preciosidad de doce duros.

CAT. Tampoco fueron muy espléndidos,

AQUIL. No trabajó apenas.

SAL. Un retrato...

AQUIL. No. La cabeza solamente: el cuerpo ya lo tenían.

ISAB. Es gente previsora.

AQUIL. Aprovechada. Del otro rey había un retrato magnífico, y como el uniforme es igual, y un poco más bajo ó más alto, lo mismo da, le borraron la cabeza al antiguo, se pintó la del nuevo...

CAT. Muy bien.

AQUIL. Ha quedado muy bien.

CAT. Resultará el cuerpo desproporcionado.

AQUIL. En los reyes lo esencial es la cabeza.

ISAB. Y en los vasallos también.

AQUILIN. (Despidiéndose.) ¿Puedo decir que admite usted la presidencia?

AQUIL. ¿Podemos decirlo?
AQUILIN. Quédate si quieres. (Mutis por el foro derecha.)
AQUIL. Iré contigo un ratito.
CAT. Procure afinar, ¿eh? don Aquilino.
AQUIL. Sin andar en orquestas ó en rondallas, si viera usted cuánto desafinan...
SAL. ¿Por quién va la indirecta?
AQUIL. Por mí. Si la dijese por ustedes no me la creerían.
SAL. Usted es un loco.
AQUIL. Entonces debían creerla. Hasta otro ratito... ¡Aquilino! ¡Aquilino!... ¡no corras, Aquilinito! (Mutis don Aquilino y Aquilinito por el foro derecha.)

ESCENA XXI

DICHOS menos los dos AQUILINOS

SAL. Este viejo chiflado, disculpando con el hijo sus estravagancias, es ridículo.
ISAB. Sí...
CAT. Completamente.

ESCENA XXII

DICHOS y FILOMENA por la izquierda. BONIFACIO por la derecha

BON. ¡Doña Salomé! ¡Doña Salomé!
SAL. ¡Pero hombre, siempre alborotando!
BON. ¡Ahora es por la noticia!
CAT. ¿Qué ocurre?
BON. ¡Que por fin va á salir el pueblo en los papeles!
ISAB. (Mirando por la izquierda.) ¿Alguna desgracia?
BON. ¡Claro! ¿Qué iba á pasar aquí si no?
SAL. ¿Y te alegras?
BON. ¡Claro! Bueno es que vaya sonando el pue-

blo en los periódicos para eso de la civilización.

SAL. ¡Bonifacio!

CAT. ¿Qué ha pasado?

BON. En ese almacén de la esquina, que están metiéndole un piso más, se han venido abajo los andamios.

SAL. No me sorprende: aquí estamos tan atrasados en materia de construcciones...

CAT. ¿Y ha matado á alguno?

BON. ¡Sí señora! Ya telegrafiaron los periodistas ¡y urgente!

CAT. ¿Algún desdichado albañil?...

BON. No; á un señorito. En eso los andamios de aquí están más adelantados que los de otros pueblos.

SAL. ¡Bonifacio!

CAT. ¿Y se sabe quién fué?

BON. Sí, don Eduardo.

ISAB. (Horrorizada y dando un grito.) ¡Ay!

SAL. (Corriendo á ella.) ¿Qué tienes?

BON. (Deteniendo á Catalina.) ¿No le dije á usted que yo averiguaba lo de doña Isabelita?... ¿Ve usted cómo le quiere?

CAT. ¿Es mentira?

BON. No. Don Eduardo me ha dicho que fué un estudiante que estaba de vacaciones.

CAT. ¡No seas cafre, Bonifacio!

BON. Después que lo averiguo...

SAL. (Acercándose.) Yo no sé de nadie más cafre que tú, Bonifacio.

BON. Ya me lo ha dicho doña Catalina.

FIL. (Dándole un pellizco.) ¡Bonifacio, eres muy cafre!

BON. Ya me lo han dicho las señoritas, ya.

CAT. Pues cuando todos lo dicen...

BON. Tendré que serlo para no desairar.

CAT. (A Isabel.) No es nada...

ISAB. (Compugida.) ¡Y si fuera!...

FIL. ¡Mira lo que has hecho!

BON. ¡Pues mira tú que desconsolarse cuando acabo de decirle que está bueno y sano!... ¡Os daba de morradas á todas por chapuceras!

FIL. ¡Calla!

BON. ¡Que te descubro á tí también!... ¡Ya has visto qué disposición tengo!...

FIL. ¿A mí?

BON. ¿Qué te apuestas á que estás enamorada?

FIL. ¿De quién?

BON. De un servidor.

FIL. ¡Límpiate!

BON. Me limpiaré cuando haya motivo...

FIL. Calla, calla.

ESCENA XXIII

DICHOS y EDUARDO por el foro

EDUAR. Aquí está la nota de...

SAL. (Abrazándole.) ¡Eduardito!

EDUAR. (Algo sorprendido.) Doña Salomé...

CAT. (Dándole la mano, muy afectuosa.) Eduardo...

EDUAR. (Más sorprendido.) ¡Catalina!

ISAB. (Yendo á él con la mano extendida.) Eduardo... (Antes que él la estreche, da media vuelta y se echa á llorar desconsolada. Bonifacio se ríe sonoramente.)

EDUAR. ¿Pero qué pasa?

FIL. ¡Calla!

CAT. Que el gaznápiro de Bonifacio nos ha contado la desgracia de ese estudiante como si le hubiera ocurrido á usted...

EDUAR. Comprendo el susto... y agradezco el interés de ustedes. Pero Isabel... ¿por qué llora?

CAT. ¿Por qué llora una mujer?... Eso, amigo Eduardo, cuando los hombres tienen mucho afán por saberlo, se lo preguntan á la mujer misma.

EDUAR. ¿Es consejo?

CAT. Es...

EDUAR. Quizás algún día...

CAT. (Despreciativa.) ¿Quizás? Entonces, no fué consejo, fué imprudencia. (Quitándole airada el papel de la mano.) Madre... la nota para la es-

Telón

critura: hace falta la cédula, el nombre del apoderado.

(Eduardo, inmóvil, sonríe: Salomé se acerca á Catalina y juntas leen la nota. Isabel, inmóvil y muy seria, mira á Eduardo y á Catalina. Bonifacio se pelea con Filomena.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día, por la tarde.

ESCENA PRIMERA

SALOMÉ, sentada en un gran sillón de cuero á la izquierda. CATALINA, escribe y hace cuentas, á la derecha. A la reja izquierda sentada y cosiendo, FILOMENA

SAL. (Rezando el rosario.) Mater inmaculata...
FIL. (Cosiendo siempre.) Ora pro nobis.
SAL. Mater amabilis...
FIL. Ora pro nobis.
SAL. Mater admirabilis...
FIL. Ora pro nobis.
CAT. Están bien las cuentas, madre.
FIL. (Maquinalmente.) Ora pro nobis.
SAL. ¿Filomena?...
FIL. Ora pro...
SAL. ¡Filomena! ¿En qué está usted pensando?
FIL. En nada...
SAL. Cuando se reza, debe usted pensar en lo que reza, y no responder de carretilla, que es irreverente. (A Catalina.) ¿Sale conforme el total del mes?... ¿Mil seiscientas?...
CAT. Mil seiscientas. Aquí no entran los jornales ni la contribución, que eso es cuenta del administrador.

SAL. Naturalmente. Pero inclúyelo para sumar las dos partidas.

CAT. Aun no me la dieron.

SAL. Pídela. ¿Filomena?

FIL. Señora.

SAL. Haga usted el favor de llamar á don Jerónimo.

FIL. (Se dirige á la izquierda y grita.) ¡Don Jerónimo!

SAL. Para eso no la hubiese molestado á usted, Filomena.

FIL. (Avergonzada.) Usted dispense.

SAL. Y de gustarme el ruido dentro de casa, hubiera comprado una trompeta, que suena más y se oye mejor.

FIL. Usted dispense...

SAL. Haga usted el favor de subir y dar el recado. (Mutis Filomena por la izquierda.)

ESCENA II

SALOMÉ y CATALINA

SAL. La educación es tan necesario como el pan.

CAT. No teniendo hambre...

SAL. Lo ideal sería que todos llegásemos á la perfección en virtud y en buenos modales, pero ya que esto es imposible de realizar, entre una persona poco limpia en sus negocios y una persona poco limpia... en su persona, elijo á la primera. En sociedad molesta más un defecto que un vicio.

CAT. Sí... por de pronto los defectos se ven, y los vicios hay que ir á verlos. En la distancia, llevan ya ventaja.

SAL. Por eso te predico tanto... Un marido, igual á tí en nacimiento y en ideas, podrá darte disgustos...

CAT. Y yo á él.

SAL. Bueno es que te prepares... pero no te avergonzará, y ten muy sabido que cada dos parientes valen por un defecto en las familias bien avenidas, y en las peleadas cada uno es un vicio.

CAT. A eso hay que resignarse. Todos tienen parentela.

SAL. Desgraciadamente. Lo encantador sería un inclusero con título de Castilla.

CAT. ¡Madre! ¿Reniegas de los tuyos?

SAL. Es un arranque de mal humor, y cuando uno se incomoda se escapan las verdades.

CAT. ¿Has recibido noticias?... ¿O te molesta no recibirlas?...

SAL. ¿Noticias?...

CAT. El primo Narciso hace dos meses que no escribe.

SAL. Hoy nos traerá Bonifacio carta suya.

CAT. Y obligarle á que conteste llevándole la muestra en propia mano...

SAL. Tú te casas con Narciso, porque debes ser la Condesa de Ríofuertes, ¡y lo serás!... pero si después de casados no le haces pagar todos los desprecios...

CAT. ¡Con qué ilusión vamos á la boda, madre! Si es que vamos algún día...

SAL. ¡Iremos! Tú disimula hasta que el matrimonio se efectúe, pero en cuanto firme, desde la sacristía, yo me encargo de mortificarle.

CAT. No dices lo que sientes.

SAL. ¡No!... ¡Y que un mequetrefe como ese nos tenga á nosotras!...

CAT. Que viene alguien, ¡calla! Siete y dos nueve, y tres doce y ocho veinte, y cuatro veinticuatro, y cinco...

SAL. (Rezando.) Dios te salve, Reina y madre...

ESCENA III

DICHAS. CAÑAMÓN por la izquierda con FILOMENA que vuelve á coser

CAÑ. ¿Llamaba, doña Salomé?

CAT. ¿Y tu padre, Cañamón?

CAÑ. Mal... Tiene muy entrampada su cuenta.

SAL. ¿Cómo, cómo?

CAÑ. La cuenta de su vida; no las cuentas de la administración.

SAL. ¡Me diste un susto!...

CAT. ¿Está peor?

CAÑ. Llevó unos cuantos días regular, pero ha vuelto á meterse en la cama.

SAL. ¿Y las cuentas?

CAÑ. Las traigo.

SAL. Repásalas tú, hija.

CAÑ. Esta carrera de abogado que he seguido es una ilusión únicamente: hoy no puedo abandonar á mi padre, y mañana si la confianza de ustedes continúa, quizás sea más cuerdo seguir tranquilamente.

CAT. Aun está muy distante la oportunidad de hablar de eso.

CAÑ. ¡Ojalá!... Factura de la trilladora.

CAT. (Apuntando.) ¿Siete mil?

SAL. ¿Dónde íbamos, Filomena?

FIL. Donde usted quiera, doña Salomé.

SAL. ¿En Mater admirábilis?

FIL. Sí, señora, por ahí, admirábilis ó amábilis.

CAÑ. Compra de abonos minerales, mil doscientas.

SAL. Mater admirábilis...

FIL. Ora pro nobis.

SAL. Mater creatoris...

FIL. Ora pro nobis.

CAÑ. Pago de jornales.

FIL. Ora pro nobis.

SAL. ¡¡Mater salvatoris!!...

ESCENA IV

DICHOS. ANSELMO por el foro

SAL. Pase, don Anselmo.

ANS. ¿Qué tal vamos, señora mía?... A Catalina ya la veo siempre tan hacendosa. ¿Isabelita?

SAL. Bien.

ANS. ¿Qué tal el joven Cañamón?

CAÑ. ¿Y el señor Mariscal?

ANS. (A Catalina.) Es una alusión al famoso episodio histórico.

SAL. Contarlo otra vez, no, ¿eh?

ANS. ¿Lo he contado ya?

SAL. Y ha perdido algo de su interés.

ANS. Para usted que lo oye, pero no para mí que lo relato.

SAL. Para todos.

ANS. No. El que cuenta sucedidos propios, cree siempre que los cuenta por primera vez.

SAL. ¿Y nuestros asuntos?

ANS. Cumplidos. Como día primo de mes, esta mañana se repartieron los socorros. A Perfecto González, albañil, Alameda, 21, dos chambras y una enagua.

SAL. Para la mujer.

ANS. Exactamente. Pero no estimé correcto preguntar por una dama á hora tan matutina y entregué las prendas al marido. (Aparte á doña Salomé.) Dicen que es el marido...

SAL. Y yo lo creo.

ANS. Y yo ídem. A Faustino...

SAL. Basta conque los haya usted cumplido. La Junta examinará el detalle. ¿Fué usted solo?

ANS. ¡Oh, no, señora! Por reglamento han de ir dos vocales, y aunque nuestra misión es eminentemente paternal y caritativa, debemos evitar, yendo uno solo, que la calumnia pueda algunas veces creernos más padres de lo que somos...

SAL. ¡Don Anselmo!

ANS. (Aparte á doña Salomé.) Como injustamente le ocurre, entre otros, á nuestro respetable convecino don Fernando, que le achacan varios huérfanos.

SAL. ¡Don Anselmo! ¡Confío en que las niñas no lo habrán oído!

ANS. Confíe usted en eso, sí, señora. Me acompañó el alcalde.

SAL. ¿El alcalde?

ANS. Como vocal nato. Por cierto que me habló de una pasión avasalladora...

SAL. ¿Por quién? (Riendo.) ¿Catalina Ríofuertes y Jiménez del Alamo, alcaldesa de pueblo? A ese infeliz se le ha subido la vara á la cabeza.

ANS. En sentido figurado, opino como usted.

SAL. Catalina... ¿sabes quién te pretende? El alcalde.

CAT No es mal muchacho.

SAL. No; pero en este aspecto, su aspiración es ridícula.

ANS. Virtualmente ridícula.

CAÑ. Ridícula del todo.

SAL. A tí no te pedimos todavía tu opinión.

CAÑ. (Humillado.) Perdón, señora...

CAT. (Tocándole en el hombro.) Extiende las partidas totales. ¿Quieres, Cañamón? (Acercándose.) ¿Qué hay, don Anselmo?

ANS. Nada. Lo de don Aquilino...

SAL. ¿Alguna mamarrachada nueva?

ANS. Con esa patulea que le sigue, ha ido varias noches á dar serenata á la Matilde, la mujer más caritativa del pueblo.

SAL. ¿Tantas bondades hizo?

ANS. Sí, señora. Ha estado para casarse tres veces y las tres ha desistido del matrimonio á última hora.

CAT. Por eso la llaman la gracia de indulto.

ANS. Y el hermano, que siempre fué algo arrimado á la última vértebra, se armó de tranca, y cuando anoche volvieron, á todos, pero especialmente á don Aquilino, que corría menos, les arreó una de palos más que regular.

SAL. Me alegro, á ver si escarmienta.

ANS. Y el otro cuentecito local, se lo referiré si usted me concede una audiencia ó entrevista particular.

SAL. ¿Me interesa á mí? Déjanos un momento, Catalina.

CAT. Filomena, ven. (Mutis Filomena, Catalina y Cañamón por el foro.)

ESCENA V

DOÑA SALOMÉ y ANSELMO

ANS. Primer extremo. Reconociendo el mérito personal del señor alcalde, debo sin embargo prevenir á ustedes para que estén prontas, una vez más, á defender los prestigios

de su nobilísima ascendencia, aunque en esta circunstancia especial y por referirse á Catalina, sea descendencia.

SAL. ¡Don Anselmo Pérez!

ANS. Nadie podrá desmentirme en afirmar que usted y su hija no tienen mejor amigo que yo desde la muerte de su esposo, que en paz descansemos. Mas ya que en la familia, limitada á usted y á Catalina, prepondera el sexo femenino, yo me ofrezco como varón á sostener la causa de ustedes en el terreno que fuera menester.

SAL. Muchas gracias.

ANS. ¿He dicho en cualquier terreno?

SAL. Sí, señor.

ANS. Pues está dicho.

SAL. [illegible] de acudir á alguien, sería llamado antes mi sobrino Narciso.

ANS. ¿El señor Conde de Ríofuertes?... (Pausa.) Segundo extremo de nuestra conversación. Usted no desconoce cuánto queremos á don Narciso...

SAL. ¡No, don Anselmo, no! No le queremos: le querrá usted y le quiero yo: separados. ¿Qué desea usted decir?

ANS. Contando con su venia, emplearé una perifrasis.

SAL. ¿Eh?

ANS. Para explicar la posición actual de la Maximina.

SAL. Ya sé quién es.

ANS. La Maximina, aunque temporalmente, está adscrita á la mansión de don Narciso.

SAL. ¿Cómo?...

ANS. Desarrollaré el tema. Maximina es la esposa irregular del señor Conde.

SAL. ¡Imposible!

ANS. Y mora con él.

SAL. ¡Imposible! ¿En su casa?

ANS. En su casa. ¡Bajo el techo Condal!... ¡Tenemos una contrariedad horrenda!

SAL. No puede ser...

ANS. Auténtico, amiga mía, auténtico. Lo sé por los padres de ella.

SAL. ¡Valientes!...

ANS. Cuando lo supieron iban á maldecirla, pero les ha pedido perdón en una carta con corona...

SAL. Tienen que ser unos sinvergüenzas.

ANS. No, no. ¡Si viera usted las lágrimas que se vierten en aquel hogar, exrespetable, cuando reciben las cartas de la hija con la módica pensión que les remite!... Es un cuadro abrumador.

SAL. No hablemos más.

ANS. Y los padres no quieren ni ir á cobrarla. Mandan siempre á otro.

SAL. No hablemos: me repugna.

ANS. He cumplido mi penoso deber en previsión de que llegue á oídos de nuestra Catalina.

SAL. ¡Mía, don Anselmo, mía!

ANS. ¡De usted, sí, señora, de usted! Una palabrita aún. ¿Tendría usted inconveniente en proponer para el curato de Valleolivos, que es de presentación de ustedes, á un virtuoso sacerdote?...

SAL. ¿Quién es?

ANS. Un ahijado mío.

SAL. Pero, usted, ¿cuántos ahijados tiene?

ANS. Varios, señora: ¿pero qué culpa tengo yo de que las madres me concedan con abundancia esta distinción espiritual?

SAL. Ninguna. Deme usted el nombre, y ya veremos.

ESCENA VI

DICHOS, CATALINA, BONIFACIO y CAÑAMÓN por el foro

CAT. ¿Terminaron? (Al gesto afirmativo hace seña de que pasen.)

BON. Buenas tardes. Aquí están los sombreros y las cintas y los cachivaches y los demonios, que me han mandado traer.

CAT. (Risueña.) ¿Quién te ha mandado traer demonios, Bonifacio?

BON. Usted disimule, doña Catalina. Es un modo de decir que con tantos mandados me...

SAL. ¿Me?...

BON. Usted disimule, doña Salomé... va á salir peor.

SAL. ¡Que no tenga yo que reprenderte más, Bonifacio!

BON. De mis palabras no hay queja, señora ama, que me las trago bien á tiempo.

SAL. No repliques.

BON. Ese es otro carro.

CAT. ¿Qué viene ahí?

BON. Todo lo que han puesto en el papelucho, que me costó una porrada de cuartos: y cuanto más pequeñitas son las cosas más dinero cuestan. ¡Es mucho país aquel!

SAL. Están los precios que asustan.

BON. Como que á Madrid no se puede ir más que de ladrón.

ANS. (Espantado.) Apreciable Bonifacio...

BON. Bueno, á otras partes también; pero quiero decir más seguro.

CAT. Ya lo arreglaste.

ESCENA VII

DICHOS y FILOMENA por el foro

SAL. Filomena...

BON. (Riendo y yendo á ella.) Filomenilla, buenas tardes.

SAL. ¡Bonifacio!

BON. (Cortado.) Usted disimule, pero vamos, que un saludo no es ninguna fechoría... y va para una semana que no nos vemos.

SAL. Saluda más fino.

BON. Sí, que le voy á dar la mano como á las señoritingas...

SAL. Recoge todo eso.

BON. Este paquete no es de aquí. El señor Matías me pidió que le mercara un cinturón para él y dos ronzales para los machos. Juntos vienen: él sabrá cómo los reparte.

CAT. Mal: ya lo verás.

SAL. Un momentito, don Anselmo. Vamos, Filomena. (Mutis Salomé y Filomena con los paquetes por la izquierda.)

ESCENA VIII

CATALINA, BONIFACIO, ANSELMO y CAÑAMÓN

BON. Jabones y cepillos los he comprado en la tienda de Bruno, que es paisano.

CAÑ. ¿El nieto de la Vicenta?

BON. Ese. Era sobrino del perfumero, y cuando el perfumero murió, la tía viuda le ha llamado. Está en grande.

ANS. En un buen comercio, y de sobrino de la dueña...

BON. Eso no. Me ha dicho que no lo tiene de sobrino, sino de recuerdo.

CAÑ. Mejor aún.

BON. Ahí van las perras que sobraron y los recibos.

CAT. Entérate, Cañamón.

BON. Me dió usted cuarenta duros... (Siguen hablando.)

ANS. (A Catalina.) Aunque los saludables consejos de su señora mamá impedirían sospechar en ninguna circunstancia que usted aceptara un enlace desigual...

CAT. Sí, señor...

ANS. Sí, señor; ¿que sí ó que no?

CAT. Que lo impedirían.

ANS. Me congratulo profundamente de hallar en usted tanta serenidad de juicio y tanta firmeza de convicciones. ¿Un enlace desigual?... Prométame usted que jamás, jamás...

BON. ¿Se entera usted de las cuentas, ó qué?

CAÑ. (Que miraba á Catalina.) Sí, hombre, sí.

BON. ¿Y están cabales? Pues al libro para que no haya enredos.

CAÑ. Inmediatamente.

CAT. ¿Bonifacio?

BON. Mande usted.

CAT. ¿No te dieron ninguna carta?

BON. Carta, carta... pues verá usted lo de la carta. Como en Madrid lo hacen todo al revés, allí duermen la siesta antes de almorzar.

ANS. Antes, no.

BON. ¡Digo! Fuí á la una y dormía; fuí á las tres y almorzaba... Conque al fin le entregué la de ustedes...

CAT. ¿En propia mano?

BON. Lo que se dice en la mano, en la mano, no señora. Pero casi... se la entregué á la Maximina. (Cañamón deja caer un libro al suelo, lo recoge y mutis por la izquierda.)

ESCENA IX

CATALINA, BONIFACIO y ANSELMO

ANS. (Aprovechando el momento en que Catalina mira á Cañamón, da un codazo á Bonifacio.) ¡No seas bruto!

CAT (Volviéndose lentamente, á Bonifacio.) ¿Maximina?

BON. Sí... la señorita ama de llaves que... ¡bueno! y me dijo que el señorito don Narciso ya contestará á ustedes.

CAT. ¿Y en eso has tardado cinco días?

BON. Sí, señora. Cuatro para no entregarle carta, y uno para que no me conteste. Cinco justos.

CAT. (Secamente.) Estará muy ocupado.

ANS Debe trabajar mucho.

CAT. Y por la hora á que se levanta, debe descansar mucho.

ANS. Es la compensación que demanda la Naturaleza.

BON. El que me contaron que andó por allí más loco...

ANS. Anduvo, Bonifacio, anduvo. Si no tienes reparo en ello.

BON. Para lo que varía el cuento... El que anduvo más loco qne una cabra y dando más vueltas que un trompo, fué don Aquilino.

CAT. ¿Aquilinito?

BON. No, no; el padre. Con el aquel de vigilar al niño para que el niño no se pierda, se está perdiendo el padre á todo vapor...

ANS. Ausencia de sentido moral...

BON. Los dos han correteado juntos por los cafés de camareras y las funciones esas *calípticas*.

ANS. A que yo no he ido todavía.

BON. Pues se va usted retrasando mucho, don Anselmo.

CAT. Vaya, Bonifacio, á tus quehaceres.

BON. Y lo peor que me han dicho es que da el escándalo para nada: va á esos teatros y se queda dormido en la butaca. ¡A mi parecer dormiría mejor en la fonda!

CAT. Y al mío. Vete, vete...

BON. Para servir á ustedes. (Recoge el paquete.)

ANS. Despídame de doña Salomé.

CAT. ¿Hasta la noche?

ANS. Hasta la noche, Dios mediante. (A Bonifacio.) ¿En esas funciones es donde se presentan las señoras muy desprovistas de ropa?

BON. ¡Ca!... ¿Desnudas?... no señor. Todas llevan algo para tapar algo... Es una engañifa.

ANS. Preferible, Bonifacio, preferible. Los espectáculos no morales... (Mutis Anselmo y Bonifacio por el foro.)

ESCENA X

CATALINA; ISABEL por la derecha

CAT. (Un momento pensativa.) ¡Isabel!... Pascual Olmedo ha decidido dirigirse á mí.

ISAB. Me alegro.

CAT. No te alegres aún.

ISAB. ¿Le rechazarás también?

CAT. También.

ISAB. Por tu madre .. ¿verdad?

CAT. Es nieto de unos labradores...

ISAB. ¡Dónde va ya eso! Su padre era un señor rico, un señor; y él se ha educado en el ex-

tranjero. No hay en Matavilla quien se le parezca.

CAT. Es nieto de unos labradores... Mi madre le rechazó ya.

ISAB. ¿La habló?

CAT. Sin hablar.

ISAB. Estás destinada á volar muy alto, y es justo que mires con vanidad tus propias alas... ¡pero si yo me encontrase como tú, encerrada en el ambiente mezquino de un pueblo, sin espacio para volar!... ¡Si yo fuera águila y me viese entre los barrotes de una jaula, de lo primero que renegaba era de las alas!

CAT. Es mi deber...

ISAB. Es... y ya vendrá quien reuna lo que tú mereces.

CAT. ¡Ya vendrá!...

ISAB. Y si no el primo Narciso...

CAT. El primo Narciso, que se acordará de mí con espanto porque desde la niñez le advirtieron su obligación de adorarme... ¡Bah!... (Despreciativa.) ¡Pero tú, que puedes seguir libremente tus afectos, síguelos, Isabel!

ISAB. ¿Yo?

CAT. Eduardo bien se ha insinuado.

ISAB. Puede ser por tí, que lo mereces más.

CAT. Por mí, no. Pero averígualo.

ISAB. ¿Por qué no me habla entonces?

CAT. Averígualo.

ISAB. ¿Yo?

CAT. ¿Le quieres?... Pues queriendo, la única torpeza es no decirlo.

ISAB. Empezar yo la conversación...

CAT. Al final, ¿quién se acuerda del que empezó?

ISAB. Lo averiguaré. Y tú, Catalina, tú que das tan buenos consejos, ¿cómo no los sigues tú? Si no quieres á ninguno, complace á tu madre. Me lo explico... Pero si tu corazón y tus simpatías se inclinan de un lado, ¿por qué titubeas?

CAT. Por el nombre...

ISAB. Vas equivocada completamente. El de Pascual es más feo, pero suena más á hombre.

CAT. Y por mis antepasados.

ISAB. ¿Tus bisabuelos y bisabuelas?... En el cielo ó en el purgatorio, por donde anden, y ya ves que los pongo á andar por buenos sitios, maldito lo que se preocuparán de tus intenciones.

CAT. Si fueran tan falsas estas ideas, ¿por qué mi madre las tendría tan arraigadas?

ISAB. Porque no son falsas sino exagerándolas. Y además, porque tu madre no vive en el mundo: se ha encastillado en este rincón y en este nido inaccesible de sus prerrogativas, y, ni bajais vosotras, ni los demás se atreven á subir.

CAT. Hablas apasionada por tu afecto á mí...

ISAB. Uno de los fundamentos que tiene tu madre para no llevarte á Madrid, es el temor de que vieras allá, como en todo el mundo, que las razas nobles, para no extinguirse, con las plebeyas se alían, se cruzan, se unen, y cuando corre mucha prisa, con mucha prisa se venden...

CAT. ¿Se venden?

ISAB. Cuando las compran, sí: en otro caso no.

CAT. Yo no puedo aceptar tus pensamientos...

ISAB. No los aceptes: ya te los impondrá la vida. (Haciendo medio mutis al foro.)

ESCENA XI

DICHOS y DON AQUILINO por el foro

AQUIL. ¿Es para recibirme?...

ISAB. Sí, señor. ¿Y el niño?

AQUIL. Ligeramente resfriado.

ISAB. ¿Y usted le abandona?

AQUIL. Vuelvo inmediatamente.

CAT. Dile á mamá que está aquí don Aquilino. (Vase Isabel por la izquierda.)

ESCENA XII

CATALINA y DON AQUILINO

AQUIL. ¡Qué chiquilla tan encantadora y tan inteligente!

CAT. Mucho. Es la que lleva el peso de la casa.

AQUIL. Y usted.

CAT. Ella más que yo. Y aún le sobran horas para cuidar el jardín, con su manía de ingertos y de flores raras.

AQUIL. De que puede estar muy ufana. La colección de claveles es deliciosa.

CAT. ¿Y las begonias?

AQUIL. Admirable.

CAT. ¿Y las rosas?

AQUIL. Divinas. Especialmente esa variedad de las grandes, rosadas, con un perfume tan sutil y tan intenso...

CAT. ¿Las Francias?

AQUIL. Sí... esas que huelen á cocottes viejas... son maravi...

CAT. ¡Don Aquilino!..

AQUIL. Lo dijo un forastero...

CAT. Pero si usted no lo repitiera...

AQUIL. Hay que dispensarme porque vivo un poco traspapelado...

CAT. No será por la escasez de diversiones.

AQUIL. ¿También usted con puntaditas?

CAT. En el vestido.

AQUIL. Algún chisme de algún desocupado...

CAT. No, no. Tendrá usted sus defectillos, pero nadie se los niega.

AQUIL. Siento que me hagan esa justicia. Sobre todo ustedes, en quienes me compensaría un poco gozar de buen concepto; pero yo tengo la culpa por demasiada franqueza. Si a mis distracciones las llamara neurastetenias, y, como don Anselmo, á los deslices les llamara anijados, aún me compadecerían encima.

CAT Siéntese, siéntese.

AQUIL. (Quejándose al sentarse.) ¡Ay!...

CAT. (Risueña.) ¿Qué es eso?... ¿no se encuentra usted bien?

AQUIL. Sí, sí...

CAT. Parece que está usted algo derrengado.

AQUIL. Algo... Neuralgia.

CAT. ¿En la espalda?

AQUIL. No, más abajo.

CAT ¡Ah!

AQUIL. No, más arriba; en la cintura.

CAT. ¿Desde anoche?

AQUIL. Sí, desde anoche... ¡ay!

CAT. ¿Fueron ustedes de rondalla?

AQUIL. Fuimos por casualidad; y por verdadera casualidad hemos vuelto.

CAT. Sanos...

AQUIL. Con la neuralgia, hija. Me satisface mucho que lleve la conversación á ese incidente: yo no puedo continuar la existencia así...

CAT. Usted es muy joven aún.

AQUIL. Excesivamente joven, sí señora. Lo confieso. Sin embargo, estoy decidido á cambiar.

CAT. Usted sabrá.

AQUIL. Vamos á ver, Catalina, ¿por qué no me ayuda usted á buscar una novia?

CAT. ¿Para usted?

AQUIL. Para mí no, porque después tendríamos que buscar el novio. Para Aquilinito.

CAT. ¡Deje usted al niño que se las arregle solo!

AQUIL. ¡Es que no se las arregla!

CAT. ¿Está enamorado?

AQUIL. Sí, de usted.

CAT. Lo siento en el alma, porque...

AQUIL. Bueno; pues de Isabel.

CAT. ¡Pero eso no es estar enamorado!

AQUIL. No, señora. Ya le he dicho á usted que él solo no se las arregla. Soy yo el que elijo á ustedes.

CAT. ¿A las dos?

AQUIL. ¡A una! ¡A una! Lleva una juventud atropellada; tengo miedo de cualquier avería en la salud, y si una mujer de las condiciones excelentísimas de usted le hiciera caso, se enamoraría seguramente.

CAT. Lo siento.

AQUIL. Hágame usted el favor, Catalinita...

CAT. Usted no sabe lo que dice.

AQUIL. Es muy posible: pero se trata de salvar al niño...

CAT. ¡Caramba con el niño! Que lo salve su abuela.

AQUIL. Es un muchacho muy dócil...

CAT. No lo niego.

AQUIL. Tiene una fortunita...

CAT. Tendrá.

AQUIL. Y es muy honrado.

CAT. No lo dudo.

AQUIL. Vamos, anímese usted.

CAT. (Seria.) ¡Don Aquilino!

AQUIL. O anime usted á Isabel.

CAT. Quiere á otro.

AQUIL. Que lo deje.

CAT. Y la corresponden.

AQUIL. Qué más da eso. La cuestión es casarse. Y Aquilinito será un buen marido, un buen..

CAT. Isabel quiere á otro.

AQUIL. ¿Y qué?... Ya sabemos que todas han querido á otro...

CAT. Tantas muchachas como hay por el pueblo...

AQUIL. Ninguna comparable á ustedes.

CAT. Si no existiera ese cariño por medio, quizás Isabel...

AQUIL. Y usted que ne quiere á nadie, ¿por qué no quiere usted á Aquilinito? Es tan poquita cosa que sería continuar no queriendo.

CAT. Le estimaré á usted que mudemos de tema.

AQUIL. Catalina... Catalinita...

CAT. Pero don Aquilinito... que el diminutivo le cae á usted mejor que al niño; don Aquilinito, ¿no comprende usted que es poco airoso, con las canas de usted, andar pretendiendo novias? Que las pretenda él.

ESCENA XIII

DICHOS y SALOMÉ por la izquierda

SAL. ¿Novias?... ¿Qué significa eso?

CAT. Don Aquilino que ha tenido la amabilidad de apasionarse por nosotras.

SAL. ¿Usted?...

AQUIL. Para el niño...

CAT. El no ha pensado en eso.

AQUIL. Sí, lo ha pensado. Hablo yo en nombre del padre, del hijo...

CAT. Amén.

SAL. ¡Qué siempre ha de colocarse usted en evidencia, don Aquilino!...

AQUIL. ¿Siempre?

SAL. Siempre. Todos lo dicen.

AQUIL. ¡Válgame Dios! Y cuantos son á decirlo... Con menos se sabría igual.

SAL. Usted no ha reflexionado en la incorrección que demuestra pretendiendo entrar en una familia y en una casa formal, al día siguiente de un escándalo en las calles y de recibir una paliza.

AQUIL. Pues por eso, señora; á ver si no me pegan más.

SAL. Ya fuimos exageradamente benévolas con usted aparentando ignorancia de ciertas ligerezas incalificables; pero figurarse que admitiremos complacidas la nota de burla y de escarnio que á usted le sigue por todas partes, ¡eso no lo tolero, don Aquilino!

AQUIL. Doña Salomé...

SAL. Estoy muy enterada de la conducta bochornosa de usted.

AQUIL. Doña Salomé...

SAL. Y no hablemos de ello, que para usted resultaría enojoso.

AQUIL. Perdóneme, perdóneme y adiós...

SAL. (Secamente.) Adiós.

AQUIL. Ya sé que vivo en perpetuo ridículo, ya lo sé...

SAL. Porque usted lo desea.

AQUIL. ¿Yo?.... Usted no recuerda... ¡claro! ¿para qué van á recordarse las desdichas ajenas?... que he tenido cinco hijos, y como la madre, cuatro murieron del pecho, tísicos...

CAT. (Acercándose á él.) ¡Don Aquilino!...

AQUIL. (Sonriendo.) Permítame que lo diga, doña Catalinita... (A Salomé.) Usted no recuerda... ¡claro! que este Aquilinito ni siquiera pudo ir al colegio porque se crió flacucho y débil...

CAT. Quédese, don Aquilino, y tomará el chocolate con nosotras... ande.

AQUIL. (Sonriendo.) No, gracias...

SAL. Siéntese, don Aquilino.

AQUIL. (Sonriendo.) No, gracias. Usted con una hija sana y fuerte y robusta, ¿cómo ha de explicarse que un constipado, la tos de un catarrillo insignificante, suene á espanto y congoja?... ¡Claro! No se lo explica usted...

SAL. Siéntese, don Aquilino, no esté de pie.

AQUIL. (Sonriendo.) No, gracias...

CAT. Que estará más cómodo...

AQUIL. (Sonriendo.) Gracias, no... Ya, mayorcito, fuimos á ver en París á un amigo. Dió la coincidencia de que el amigo era médico, y por broma le reconoció. Estaba muy bien, y con régimen no había cuidado ninguno. Después me llamó aparte: «está muy bien... pero procure usted que no coja ninguna de esas pícaras enfermedades... porque le subiría al pulmón, y siendo algo propenso...»

CAT. ¿Nos perdona usted á nosotras?

AQUIL. (Sonriendo.) ¿De qué? Hasta los veinte años pude retenerle... pero una noche se escapó de casa y entonces comprendí que era menester capitular, ir con él para que él no se fuera solo...

CAT. ¡Don Aquilino!

AQUIL. Y ya que no podía privarle de lo malo escogerle lo que fuera menos malo...

SAL. ¡Don Aquilino!

AQUIL. Y ahí tiene usted ya á don Aquilino en ridículo...

SAL. Siéntese un momento.

AQUIL. No puedo.

CAT. Un momentito...

AQUIL. No puedo, no puedo. Tenemos ensayo... ¡Adiós, señoras!

SAL. ¡Don Aquilino!

AQUIL. Adiós... Tenemos ensayo... y me riñen. (Mutis don Aquilino por el foro.)

ESCENA XIV

SALOMÉ y CATALINA.

CAT. ¿Si estaremos equivocadas, madre?... ¿Si no será tan ridículo todo lo que nos lo parece tanto?

SAL. A veces...

CAT. ¿Y lo que nos parece muy noble y muy elevado, no lo será algo menos de lo que pensamos?

SAL. ¡En eso no hay error!

ESCENA XV

DICHAS é ISABEL por la izquierda

ISAB. Tía; el señor alcalde pregunta por teléfono si podéis recibirle.

SAL. Se empeña en llevar el golpe de frente.

ISAB. ¿Le rechazaréis?

SAL. ¿Qué duda cabe? Es una pretensión ridícula.

CAT. ¡Cuidado, madre! Ya una vez nos engañamos al juzgar...

SAL. ¡En esto no!

CAT. Tú lo dices...

SAL. La que puede ostentar el título de Condesa de Riofuertes no se detiene ante el apellido de un Olmedo. Recibirle cortesmente, sí... Ven conmigo, Catalina. (Mutis por la izquierda Salomé y Catalina.)

ESCENA XVI

ISABEL. Luego EDUARDO por el foro

ISAB. Cree que tiene fortuna y posición y estirpe... y es al revés, la tienen á ella, amarrada, prisionera, esclava... (Pausa.)

EDUAR. Isabel... (Colocándose á la izquierda, para que ella pase luego.)

ISAB. (Sobresaltada.) Eduardo... (Calmándose y risueña.) buenas tardes.

EDUAR. Buenas. ¿Está doña Salomé?

ISAB. Está.

EDUAR. ¿Quieres avisarla?

ISAB. Quiero. (Pausa; tímidamente.) He temido que estuvieras enfermo...

EDUAR. ¿Por?...

ISAB. Porque hace días que no vienes... Estarás más ocupado...

EDUAR. Mucho más.

ISAB. (Pausa.) Voy á avisar...

EDUAR. Mi padre quiere saber si podrán firmar esta tarde las escrituras que le encargaron.

ISAB. Como te marcharás en seguida...

EDUAR. Sí, en seguida.

ISAB. Ya me despido. Adiós, Eduardo... Y me alegro que no fuese enfermedad... (Pausa. Acercándose algo.) Siempre te he considerado un buen amigo, y por eso tuve algunas franquezas... que me perdonarás. Si no has cambiado y no te molesta, desearía que me guiaras en un asunto muy importante para mí.

EDUAR. No hubo motivo para cambiar. Dí lo que deseas: te escucho con mil amores.

ISAB. ¿Con mil?... ¿No serán muchos?

EDUAR. Rebaja unos cuantos.

ISAB. Tú estás enterado de mi situación, de que nadie tiene derecho para reprocharme nada... Aquí no soy gravosa.. ¡Procuro no serlo! Pero muy agradecida y muy estimada, preferiría...

EDUAR. Tu casa: es lógico.

ISAB. Aunque yo no lo busqué ni he coqueteado, ó tal vez por lo mismo que no he coqueteado, el caso es que me salió una buena proposición.

EDUAR. ¿Y le quieres?

ISAB. No.

EDUAR. ¿No? Pues haz cuenta que no te ha salido nada...

ISAB. El caso es que podría convenirme... pero el caso es también que no sé desprenderme de otro maldito querer...

EDUAR. ¿Y ese otro?....

ISAB. Yo creo que no...

EDUAR. ¿No?

ISAB. Y este es el consejo que pido. Si ese otro no sospecha que le quiero, ¿haré mal diciéndoselo?

EDUAR. ¿Te atreverías?

ISAB. ¿Por qué no? Callando, soy yo quien pierde: hablando... ¿pierdo ó gano? Esta es mi pregunta.

EDUAR. Es una preguntita...

ISAB. Como de palabra sería muy duro, pensaba escribirle...

EDUAR. Señorito, le amo á usted...

ISAB. No así, pero así vendría á ser. Tuve miedo á las burlas, á que mi pobre carta rodase de mano en mano...

EDUAR. ¿Has tenido alguna conversación con él?

ISAB. De otras cosas, sí; muchas.

EDUAR. ¿Y no entiende que tú le admitirías?

ISAB. No lo entiende.

EDUAR. (Muy dulce, muy cariñoso.) Pues no escribas.

ISAB. ¿Es tu opinión?

EDUAR. Sí. Ya sé que tú no pensabas escribir, Isabel.

ISAB. ¿Y hablarle?... Decirle que me buscan, que me persiguen, que alguien ve en mí lo que él no quiere ver...

EDUAR. (Muy dulce, muy cariñoso.) No hables, Isabel...

ISAB. ¿Sería torpe?

EDUAR. Lo sería. Y ya que tienes esa proporción...

ISAB. (Duramente.) Sólo pedí un consejo. ¿Lo diste? Pues no te fatigues en resolver lo demás.

EDUAR. (Afectuoso.) Atiende, Isabel. Si ese otro, realmente te conviene...

ISAB. (Dura.) ¡Gracias! Voy á avisar. (Marcha decidida.)

EDUAR. (Enérgico.) ¡Atiende! Acéptalo y cásate. Pero si tu cariño es verdadero, como tu situación no exige resolverla en horas ni en días, aguarda más horas y más días, que esa es tu obligación de mujer, y á veces aguardan también los hombres para hablar.

ISAB. ¡Es que me dijeron que te casabas!...

EDUAR. ¿Tengo yo que ver en tu historia?

ISAB. ¡No, hombre, no!

EDUAR. (Sonriendo.) Ah...

ISAB. (Sonriendo.) No...

EDUAR. Yo mismo, que me muero por hablar, no hablaré hasta el año próximo, que mi padre me ofreció una participación en su despacho.

ISAB. Haces muy bien. Una pregunta sola.

EDUAR. Pues una sola respuesta. Dí.

ISAB. ¿Tú quieres á Catalina?

EDUAR. No.

ISAB. ¿No?...

EDUAR. No.

ISAB. (Gozosa.) ¡Ay, qué bien!

EDUAR. (Riendo afectuoso.) Isabel...

ISAB. (Pausa.) ¿Decías algo?

EDUAR. Nada...

ISAB. Voy á avisar...

EDUAR. Avisa.

ISAB. (Marchando lentamente; sonríe gozosa.) Un año es tan poco...

EDUAR. Doce meses...

ISAB. (Se vuelve, lo mira y sonríe.) Voy á avisar...

EDUAR. (Sonriente siempre.) Avisa...

ISAB. (Marcha; en la puerta se detiene.) ¿Decías algo... Eduardo?

EDUAR. Nada, nada...

ISAB. Pues adiós...

EDUAR. Adiós. (Mutis Isabel por la izquerda.)

ESCENA XVII

EDUARDO. BONIFACIO por el foro derecha

BON. (Dejando un pequeño intervalo para entrar.) Don Eduardo...

EDUAR. ¿Qué, Bonifacio?

BON. Ahí viene el señor alcalde.

EDUAR. Bueno.

BON. Es que viene de levita y de chistera.

EDUAR. Bueno.

BON. ¡Para mí que es algo muy grave!

ESCENA XVIII

DICHOS, FILOMENA por la izquierda

FIL. (Rápida.) Oye, Boni...

BON. (Riendo.) Filomenilla...

FIL. Si viene el señor alcalde...

BON. ¡Viene, viene; de chistera!

FIL. Que pase por la escalera grande: al salón del principal.

BON. ¿Al salón del principal? ¡Para mí que es algo muy grave!

FIL. ¡Anda, corre!... (Mutis rápidos, Bonifacio por el foro y Filomena por la derecha.)

ESCENA XIX

EDUARDO, SALOMÉ y CATALINA por la izquierda

SAL. Eduardo, dígale usted á su padre que hoy no podré ir. Mañana de cuatro á cuatro y media. Perdone, que tengo visita...

ESCENA XX

DICHOS. ANSELMO por el foro

ANS. Un minuto, un minuto, doña Salomé. (Llevándola aparte.) Contra todas mis previsiones, ese hombre nos ofende con su declaración.

SAL. Descuide usted: le rechazaremos.

ANS. Tengo una intranquilidad colosal, porque es un muchacho tan listo, tan simpático, tan rico... y ella hablaba con él tan entusiasmada...

SAL. Es sensible desairarle, pero...

ANS. ¡Marcho tranquilo!

SAL. Ahora lo esencial es que usted se marche, sí. Nos esperan. (Mutis Salomé por la derecha.)

ANS. Ni una frase, Catalina. Hay momentos en que el silencio lo expresa todo.

CAT. Pues expréselo usted.

ANS. ¿Eh?

EDUAR. Sí; con el silencio...

ANS. ¡Ah!... Volveré. Cuente usted conmigo. (Mutis por el foro.)

ESCENA XXI

CATALINA y EDUARDO

CAT. ¡No cuento con él; pero volverá!

EDUAR. ¿Va usted enfadada?

CAT. No...

EDUAR. Tan seria...

CAT. Será muy serio lo que decido.

EDUAR. ¿Es Pascual Olmedo? (Mirando á la derecha.)

CAT. Ya sabe usted la mitad.

EDUAR. ¿Y la otra mitad?

CAT. (Pausa: decidiéndose.) También puede usted saberla: que le rechazamos.

EDUAR. El me lo dijo.

CAT. ¿Y viene?

EDUAR. Viene á curarse, á romper de una vez ese encanto que le dificulta la vida.

CAT. La vida...

EDUAR. Se atravesó este amor en su camino: la realidad le asegura que no puede ser, que no será... pero en sí mismo ha de sentir alguna fibra soñadora que le repita: no será, no puede ser... pero, ¿y si fuera?

CAT. ¿Y viene ya descorazonado?

EDUAR. Así viene. Mientras conserve una esperanza, á ella se aferrará. Cuando se la arranquen por completo, aunque vaya dolorido y desesperado, ya puede ir más firme y más seguro por el camino adelante.

CAT. Irá... irá...

EDUAR ¿Quién sabe?

CAT. ¿Usted es muy amigo suyo?...

EDUAR Y de usted.

CAT. ¿Mío? Porque le defiende usted á él, porque me inclina usted á él... ¿se cree usted amigo mío? No, suyo.

EDUAR. Si no temiera yo herir alguna susceptibilidad de usted, le diría...

CAT. Por dicho ya. Que todas mis ideas son prejuicios, que no hay alcurnia que valga lo que una hora de cariño... ¿es eso?

EDUAR. Eso es. Y más aún.

CAT. ¿Y quién me garantiza que soy yo la equivocada y no lo es usted?... ¿Usted habrá visto muchas familias, ligadas por el vínculo de los apellidos, que fueron desgraciadas?

EDUAR. Muchas.

CAT. ¿Y no ha visto usted muchas que se ligaron por cariño y se aborrecieron luego?

EDUAR. También las ví.

CAT. ¿Y entonces? Si lo único seguro es que no sabe nadie con qué piedra edificar la casa de la felicidad, si al fin se sostienen lo mismo, y lo mismo se desmoronan, los techos que formó el amor y los de la fortuna y los del orgullo...

EDUAR. El final es lo mismo.

CAT. ¿Y entonces?

EDUAR. Es lo mismo el final; pero desengañándose

todos, el que lleva una hora de amor, lleva más que todos ya.

CAT. ¿Y quién me garantiza que en Pascual Olmedo?...

EDUAR. ¿Habrá amor?... Para que á usted la quieran, por usted misma, tiene usted mayores condiciones y motivos que otras muchas mujeres, pero eso precisamente la hace á usted desconfiada... y la desconfianza es siempre el primer castigo de la soberbia propia.

CAT. ¡Eduardo!...

EDUAR. (Sonriendo.) ¿Enemigo ya?...

CAT. ¡No!

EDUAR. Lo encontró Filomena con Bonifacio; Isabel...

CAT. Con usted.

EDUAR. Conmigo, sí. Y usted, la más noble, la más codiciada...

CAT. ¡Basta!

EDUAR. ¿No lo va á encontrar?... Quizás no, que el amor no se hizo para los que dudan sino para los que creen.

CAT. Entre él y yo está mi madre.

EDUAR. (Acosándola.) ¿Y sin ella?

CAT. ¿Qué placer saca usted de obligarme á confesar lo que yo misma no me atrevo á pensarlo sin angustia?...

EDUAR. ¡Es que le va á usted la vida en ello!

CAT. Por de pronto va la de mi madre. Ya no es el rango, ni la estirpe lo que defiendo en este minuto... es la bondad, el cariño, la confianza que tiene en mí. Si una hora de amor vale una vida, una vida de amor como la que mi madre me consagra, ¿no valdrá una hora mía de arranque y de firmeza?

EDUAR. Es una idea falsa la suya: son falsas las que usted adquirió escuchándola á ella; pero aun así y todo, las bendigo. ¡Bendito sea el que verdadera ó falsa tiene una idea firme y arraigada!

CAT. Si no causara amargura ninguna, no valdría tanto el ser leal... ¡Es un mal rato á pasar: lo pasaré! Y el amor que conservo me indemnizará del amor que rechazo...

EDUAR ¿No piensa usted más que en sí misma?...

CAT. Pascual Olmedo se consolará también... Se olvida muy pronto, y quizás muy pronto le veamos con otra feliz...

EDUAR Casarse con otra, á veces no es más que apartarse de una...

ESCENA XXII

DICHOS. FILOMENA por la derecha

FIL. ¡Señórita!...

EDUAR. ¡Aun es tiempo, Catalina! El amor está ahí.

CAT. ¡No puede ser!

EDUAR. No lo encontrará usted, no; usted no puede encontrarlo. (Catalina, sin hablar, lucha como para decidir algo, y al fin da la mano á Eduardo y se va por la derecha.)

FIL. (Cuando Catalina pasa por su lado.) Ya está en la sala ese señor... (Vase Catalina por la derecha y Eduardo por el foro.)

ESCENA XXIII

FILOMENA, que marcha hacia la izquierda. BONIFACIO por el foro

BON. Buenas tardes, Filomenilla.

FIL. Ya las diste.

BON. No le hace. Buenas tardes. (Ríe.)

FIL. Buenas. ¿De qué te ries?

BON. Pues si yo lo supiera no me reía tanto... ¡Escucha, mujer, ahora no se trabaja...

FIL. No.

BON. ¿Y ahora te gustaría un cacho de palique?

FIL. No.

BON. ¿No?... (Riendo.)

FIL. No.

BON. (Serio.) Pues hablemos de otra cosa.

FIL. Empieza á ver.

BON. ¿Que empiece?...

FIL. Será lo de siempre: que me quieres.

BON. (Ríe.) ¿Qué más?... ¡Ay, Filomenilla, en cuanto que me acuerdo que de chicos tú has jugado conmigo y yo he jugado contigo, y que ahora yo podía jugar contigo y tú no quieres jugar conmigo, se me arma una solidaridad que ni yo mismo la entiendo.

FIL. Tú verás cómo sales.

BON. ¿No me amparas?

FIL. No.

BON. ¡Pero qué diferenciada estás de genio!... Verdad que tú has cambiado en todo lo visible. Con lo flacucha y lo esmirriada que eras antes... y hoy eche usted por este lado... eche usted por el otro lado... y por todos lados hay que verte, Filomenilla.

FIL. ¿Tú te imaginas que eso se le dice á una muchacha?

BON. ¿Pues á quién se lo voy á decir ¡rediós! á tu señor padre?

FIL. A nadie, que no es de obligación. Y si has de platicar conmigo, ya estás mudando de palabras. ¿Va bueno así?

BON. ¿Que si va bueno así? Va. Como que estando á tu lado no puedes mandarme más que una cosa mala, que es marcharme. En lo demás, cumplida te has de ver...

FIL. Te he dicho que no mientes á mi persona.

BON. ¿También esto quema?...

FIL. Tambien.

BON. ¡Válgame la Virgen, y qué ahuecado trae el manto.

FIL. Alguien lo rizaría...

BON. (Triste.) Pues válgame ese alguien... mujer.

FIL. Canta otro canto. ¿No sabes?

BON. Probaremos á la obediencia. (Pausa.) Filomenilla...

FIL. ¿Qué?

BON. (Riendo.) Filomenilla...

FIL. ¿Qué, hombre? ¿Otra vez te ríes?

BON. ¡Es que me hace muchísima gracia no saber qué decirte!... (Ella se ríe.) ¿Lo ves? Con los años que tú tienes y con los años que yo tengo, no hay nada tan gracioso como estar callados.

FIL. No te arrimes, hombre.

BON. ¡No me arrimo, mujer! Es que me arrempujaron.

FIL. ¿Quienes?

BON. Los quereres que soplan hacia aquí.

FIL. Temprano amanece.

BON. No es temprano, no.

FIL. Todavía. Yo soy muy chica.

BON. Mejor.

FIL. Y no sé nada del mundo.

BON. Mejor.

FIL. Y cualquiera puede engañarme.

BON. Mejor...

FIL. Y tú no me gustas.

BON. Eso es lo peor que has dicho.

FIL. Que tienes muy mal sentido y para gustarme á mí, han de venir primero muy firmes y muy derechos.

BON. ¿Nada más?

FIL. Y lo que diga el cura.

BON. Ese dice siempre lo mismo. Y como en lo firme, haz comparanza que soy un roble, ya puedes mirarme alguna vez á cuenta de mi firmeza.

FIL. (Mirándole de veras.) A cuenta...

BON. ¡Ay, Filomenilla!

FIL. ¡Quieto! Y toda esta jácara, de aquí á tres años, ¿eh?

BON. ¡Que voy á estar plantado mucho tiempo, mujer!...

FIL. Pero yo no puedo cavilar aún en lo serio, que soy muy tierna. (Marchando.) Y hasta otra feria, Bonifacio.

BON. Salud, mujer...

FIL. Salud, hombre...

BON. Y una mijilla de buena voluntad.

FIL. ¿Una mijitilla?... Una mijitilla la hay. (Mutis por la izquierda.)

ROM. Ole.

ESCENA XXIV

BONIFACIO, CAÑAMÓN por la izquierda

CAÑ. (Con un libro grande.) ¿Qué tal va eso?

BON. Eso, bien, y esa, muy bien.

CAÑ. Muchas vueltas le das á la Filomena... (Se sienta á la mesa.)

BON. ¡Y aun le he de dar más, como no sea arisca!

CAÑ. Allá tú... y ella.

BON. ¿Me adelanta usted cinco duros, señorito? (Riendo.) Para una idea muy fina que me está subiendo, subiendo...

CAÑ. ¿De dónde?

BON. Del corazón. Es para comprarle un pañuelo de seda el día del santo.

CAÑ. Bueno.

BON. Ole los señoritos. Es una idea muy fina, ¿verdad, usted?...

CAÑ. Finísima.

BON. Ole, Bonifacio. (Mutis por el foro.)

ESCENA XXV

CAÑAMÓN, SALOMÉ y CATALINA por la derecha

SAL. No te pese haber rechazado á ese hombre...

CAT. Alrededor mío todas han encontrado ya su compañero, su amor... y yo, que valgo más que todas ellas, me quedo rezagada. ¿Por qué será, madre?

SAL. No puedes decirlo aún...

CAT. Los veintisiete ni los veintiocho no los cumplo ya...

SAL. Y tú tienes á Narciso.

CAT. ¡Cuando él no tenga á Maximina!

SAL. No es verdad.

CAT. ¡Júralo!

SAL. Y aunque lo fuese... esas son calaveradas sin importancia...

CAT. ¿Y por ese Narciso voy rechazando á todos? Esto es lo que yo aguardo, madre. Mi rango, mi alcurnia y la línea entera de nombres gloriosos, ¿está aguardando á que el primo Narciso se canse de una Maximina?...

SAL. ¡No lo vuelvas á decir!

CAT. No lo volveré á decir... ¡quiera Dios que tampoco lo vuelva á pensar!

SAL. No hay más que un camino, hija, para llegar á la felicidad... (Marchando.)

CAT. ¿Y si hubiera muchos? (Inmóvil.)

SAL. ¡No!

CAT. Si nos engañásemos, madre...

SAL. ¡No! (Mutis por la izquierda.)

CAT. Debe ser muy amargo vivir en un error... pero convencerse, desengañarse al final, cuando es ya irremediable, debe ser más horrendo aun... (Marcha, pero al ruído de volver hojas que hace Cañamón, se vuelve.) ¿Estabas ahí? ¿Qué haces?

ESCENA XXVI

CATALINA y CAÑAMÓN

CAÑ. Mirarla á usted, doña Catalina...

CAT. Ese no es trabajo...

CAÑ. Ahora no. El trabajo es luego, cuando yo no puedo mirar, y aun me figuro que sigo viendo.

CAT. (Grave.) Te prevengo que en este mismo instante he despedido á quien vale más que tú.

CAÑ. Naturalmente. Para ese no se hizo la jaula de este pájaro.

CAT. (Rabiosa.) Para tí, ¿verdad?

CAÑ. (Asombrado se levanta y va hacia ella.) ¿Cómo para mí, doña Catalina?

CAT. (Despreciativa.) ¿Que debo quererte?

CAÑ. (Parándose.) ¿A mí?... ¿á Cañamón? ¿Pero cuándo se ha visto que los cañamones se coman á los pájaros?

CAT. Pareció que lo pretendias.

CAÑ. No, señora. Bien que yo tenga los sentidos un poco trastornados pensando en usted, que para algo es guapa y rica y bondadosa... pero sería muy absurdo que soñase en lograr todo eso, que para algo soy pobre y humilde...

CAT. (Sonriendo.) ¿Tan poco te crees?

CAÑ. Un cañamón. Si fuese usted al mercado á comprarlo, no se lo vendían, se lo regalaban.

CAT. Y entonces, ¿por qué me miras?

CAÑ. Porque no soy nadie ni valgo nada. Y no pudiendo preocuparla á usted... ¿por qué me he de privar yo de ese regalo?

CAT. No insistas mucho, que me enfadará...

CAÑ. No, señora.

CAT. Muy seguro lo dices.

CAÑ. Seguro. Si yo fuera alguien, mirar sería pretender, esperar... pero á la distancia que la vida nos ha colocado, mirar es rendirse, humillarse más aún.

CAT. ¿Eso es de un libro?

CAÑ. Sí, señora.

CAT. ¿De una novela?

CAÑ. Sí, señora.

CAT. ¿De cuál?

CAÑ. De la mía.

CAT. (Burlona.) ¿La escribes?

CAÑ. La vivo.

CAT. ¡Vaya, vaya! Déjate de novelas y atiende á los papeles.

CAÑ. ¿Y por qué no seguirla?... «Capítulo quince: de cómo Cañamón sueña con el sol arreglando cuentas y facturas, y recibos...»

CAT. Es la prosa indispensable...

CAÑ. Pero sirve para los versos. Riqueza, dinero... tienen consonantes magníficos... Riqueza, belleza: dinero, te quiero...

CAT. (Despidiéndole.) ¡Trabaja, trabaja!...

CAÑ. (Yendo humilde á la mesa.) Ya trabajo, ya, doña Catalina...

ESCENA XXVII

DICHOS, ISABEL y FILOMENA por la izquierda

ISAB. (Tras una pausa entra ligera.) ¡Soy feliz! ¡Me quiere! Además...

CAT. ¡Deja ya lo demás si eres feliz!

ISAB. Tú desprecias la suerte cuando la suerte te busca .. ¡Allá tú! Pero no te enojes conmigo porque yo acepte la mía con los brazos abiertos... (Va á la reja derecha.)

CAT. No me enojo. Que seas dichosa... ¿Y tú, Filomena, también erés feliz?

FIL. (Sentada y con la labor.) Tendré que serlo, señorita. Se pone tan pesado...

CAT. ¿Bonifacio?

FIL. Sí, señora, Bonifacio. Ya sabe usted lo pesado que es...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EDUARDO por la reja de la derecha y BONIFACIO por la de la izquierda

ISAB. ¡Adiós, Eduardo!...

EDUAR. (Acercándose.) ¿Llamabas, Isabel?...

ISAB. No. Decía adiós...

EDUAR. Eres muy amable...

ISAB. ¿Por esto solo muy amable?... (Catalina los mira, mira á Cañamón, y éste se sonríe encogiéndose de hombros.)

BON. ¡Filomenilla!...

FIL. ¡Hombre! ¡Bonifacio!...

BON. (Riendo.) ¡Filomenilla!... ¡Cuánto hace que no te he visto!... (Catalina los mira, mira á Cañamón y éste se sonríe encogiéndose de hombros y hace mutis por la derecha.)

CAT. (Como hablando consigo misma.) ¡Y yo, sola!... ¿El vivir tan alta valdrá la pena de vivir tan aislada?... (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia.

La cizaña.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara.

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

Precio: DOS pesetas